

## **Obreros, campesinos, artesanos y madres: hacia un entendimiento de las interrelaciones de la clase trabajadora en las sociedades capitalistas periféricas**

PETER WATERMAN

### *Introducción*

Dada la importancia que las estrategias reformistas nacionales e internacionales otorgan a la necesidad de hacer algún tipo de concesión, transacción o colaboración de naturaleza sindical con respecto a los “verdaderos pobres” para evitar una revolución en las sociedades subindustrializadas y, dado también, la manera en que las estrategias revolucionarias nacionales e internacionales enfatizan la importancia de la “alianza obrero-campesina” para lograr un cambio de estructura, resulta extraña la poca atención de tipo teórico o analítico que se le ha prestado a las relaciones que se dan entre la clase trabajadora de las sociedades capitalistas periféricas.

Sin embargo, existen dos recopilaciones de escritos radicales sobre lo que ambas denominan todavía “el tercer mundo” que nos presentan un panorama general del tema. Deberían, también, permitirnos identificar el problema que ninguna de las dos logra realmente definir. La primera recopilación, hecha por Ray Bromley y Chris Gerry (1979) se ocupa más bien del *trabajo*, que de los trabajadores, y lo hace únicamente referido al ámbito urbano. No obstante, al tratar el “trabajo eventual” en las ciudades del “tercer mundo”, los autores se ven obligados a considerar en detalle las relaciones económicas que se dan entre esta categoría masiva y la minoría urbana asalariada.

La segunda recopilación, hecha por Robin Cohen, Peter Gutkind y Phylis Brazier (1979), se ocupa del problema de los “Campesinos y proletarios” aun cuando enfatiza básicamente “Las luchas políticas de los obreros”. A pesar de que los primeros autores se centran en la ciudad y en las relaciones económicas, mientras que los segundos tratan los vínculos rural-urbanos y las relaciones políticas, con ambos textos queda cubierto, apa-

rentemente el conjunto de las relaciones que antes caractericé como sub-analizadas y subinvestigadas. Por lo cual, intentaré considerar hasta dónde es esclarecedora la información proporcionada por ambas obras en cuanto a las relaciones económico-productivas, socioculturales y político-organizativas que se dan entre la clase obrera sindicalizada o sindicalizable, por un lado, y los “trabajadores eventuales”, el campesinado y las mujeres que integran cada grupo, por el otro. Acto seguido, analizaré las implicaciones que tiene cada tipo de relación para la praxis política y el enfoque teórico. Por cuestiones de espacio, nos referiremos al primer trabajo como B&G y al segundo como CG&B. Las menciones a páginas se harán de la misma manera (*v.g.* B&G:121). El índice completo de estas dos obras aparece en la bibliografía como referencia para los demás autores.

### 1. *Las relaciones económicas*

Lo que resalta en la obra de Bromley y Gerry con respecto a las relaciones económicas en el interior del sector urbano es la *interrelación íntima* que existe entre la gran producción de capital nacional o extranjero y la producción artesanal por pequeña que ésta sea. Kowarick “Marginalidad en Brasil” afirma que:

[...] se trata de una forma estructural integrada de acumulación de tipo capitalista que aglomera formaciones desiguales y combinadas. A medida que se expande, puede fácilmente recrear formas “arcaicas” de producción (principalmente la producción de artesanías) con la misma facilidad con la que crea nuevas formas mediante las cuales logra la inserción de las actividades ‘tradicionales’ en la división social del trabajo [...] El desarrollo capitalista no sólo fomenta en forma constante la existencia de este tipo de trabajo sino que incluso lo articula estructuralmente. (B&G:69)

Esta articulación estructural se presenta claramente como la que existe entre sectores dominantes y subordinados.

En su propio artículo que trata los eslabones que preceden y suceden a la pequeña producción en Dakar, Gerry señala el grado en que incluso las artesanías “tradicionales” dependen de insumos (y de importaciones) que provienen de los grandes productores capitalistas. Chris Birkbeck (“Pepenadores en Colombia”) y Alison Scott (“La pequeña producción en Perú”) muestran esto como una relación jerarquizada en donde existen diferencias claramente marcadas entre las relaciones de producción que se dan en cada nivel.

Así, Birkbeck descubre que el pepenador “independiente” en Cali se encuentra integrado a “Cartón de Colombia” a través de dos niveles y tipos de empresas. La empresa mencionada es un monopolio multinacional

de capital intensivo que emplea mano de obra calificada con altos salarios. Por debajo de ella existen bodegas-empacadoras de capital nacional que operan a una escala sensiblemente menor, con mano de obra menos calificada y que dependen en alto grado de la multinacional. Debajo de éstas existen bodegas satélite que generalmente pertenecen a pequeños capitalistas, quienes emplean mano de obra no capacitada y sin protección de la legislación laboral.

Aun cuando ninguna de las industrias o países analizados en el resto de la obra logra igualar en magnitud la integración-dependencia del caso anterior, el estudio de Scott sobre la manufactura, construcción, transporte y comercio muestra la existencia del mismo tipo de relación fundamental. En la manufactura hay artesanos, trabajadores y asalariados vinculados a empresas capitalistas de pequeña, mediana y gran escala mediante una serie de relaciones de subcontratación.

Existen artesanos con distintos grados de autonomía sobre sus procesos de producción y trabajadores independientes que carecen de ella. Sin embargo, en alguna medida todos estos productores son dueños de sus instrumentos de producción. Ambas categorías incluyen trabajadores quienes, en el estricto sentido de la palabra, tendrían que ser clasificados como patrones ya que emplean mano de obra asalariada, pero que no pueden ser considerados verdaderos empresarios capitalistas en virtud de que son también productores directos y emplean mano de obra familiar. Esta complejidad se repite en otros sectores de la economía. (B&G:115)

Scott, Gerry y Davies están de acuerdo en lo que se refiere a la situación por la que atraviesa el sector de la pequeña producción: es un proceso simultáneo de proletarización de las mayorías y de "capitalización" de una pequeña minoría. Dicha proletarización no se trata sólo de una simple dependencia estructural que, en un momento dado, convierte a artesanos aparentemente independientes en trabajadores asalariados de hecho. Se trata, sobre todo de un problema de tendencia. Scott considera que "está disminuyendo la viabilidad de una producción autónoma y se obliga a estos trabajadores a entrar en formas de producción más dependientes". (B&G:126)

Gerry también concuerda con ellos:

Este tipo de relaciones puede hacer que los pequeños productores previamente 'independientes' pierdan todo menos el control nominal de su producción. En la práctica los convierten en trabajadores asalariados a pesar de una fachada de autonomía por ambas partes. [...] Este proceso puede ser parcial, intermitente y, en el contexto actual, algunas veces pareciera operar en sentido inverso. En este último caso, no ha cesado el proceso de proletarización, solamente se ha vuelto más disimulado [...] No obstante, los mecanismos fundamentales de explotación (tanto los que funcionan en el proceso de trabajo como los que operan a través del sistema de mercado) serán los mismos que aquellos que existen en la fábrica [...] (B&G:246)

Gerry agrega una "ligera pero perceptible" tendencia hacia la capitalización. Pero, al igual que Davis en su estudio sobre Rodesia, enfatiza las limitaciones que tiene este tipo de desarrollo, no sólo en cuanto al número que puede resultar beneficiado de él, sino en cuanto al grado en el que pueden avanzar en el proceso. El cambio se da hacia el capitalismo a pequeña escala y no hacia la gran producción industrial.

Varios autores nos presentan de manera similar el interés que existe por parte del gran capital en la continuada existencia de sectores de pequeña producción, servicios y comercio. Davis (B&G:98-100) afirma que este sector mantiene bajos los niveles salariales del sector capitalista de diversas maneras entre las que incluye la creación de un ejército industrial de reserva capaz de mantenerse a sí mismo y mantener a bajo costo salarial la producción de bienes y servicios.

La relación intersectorial más directa que existe en el estudio de caso de Bromley le permite demostrar con mayor claridad la forma en que los pepenadores que "trabajan por su cuenta" contribuyen a la acumulación de capital que se da a nivel de las multinacionales. El hecho de que existan cuatro niveles, aunado a un incremento constante en el número de unidades de competencia en los niveles inferiores, permite lograr un alto grado de flexibilidad frente a las fluctuaciones del mercado a la vez que disminuye los costos de la fuerza de trabajo. Con respecto a este último elemento, le fue posible a Bromley calcular que el incluir a los pepenadores en el MNC incrementaría en un 300% los costos que el desperdicio de papel representan para la compañía.

El hecho de que se hayan descubierto *tendencias* comunes a los países del tercer mundo, no implica que compartan una misma *situación*. Kenneth King (B&G:218) sostiene que la brecha que separa a la fábrica del taller es mayor en África que en la India. La información presentada por Gerry indica que la pequeña producción en África está notablemente menos integrada a la producción capitalista en gran escala que la latinoamericana.

Aun cuando la evidencia que presentan los artículos en la recopilación no fuera suficiente para hacer comparaciones entre continentes, nos parece justificado lanzar la hipótesis de que en lugar de destruir a la pequeña producción, el proceso de industrialización capitalista en la periferia simplemente incrementa el número de niveles y los grados de incorporación de la pequeña y mediana empresa.

Si B & G nos revelan las interrelaciones que existen en el sector urbano, Cohen, Gutkind y Brazier nos muestran un espectro más amplio de relaciones (aun cuando presenten menor detalle económico): 1] entre el trabajo campesino y el trabajo asalariado, 2] entre el trabajo de la mujer y el trabajo asalariado, 3] entre la pequeña empresa urbana y el trabajo asalariado y, por último, 4] entre los diferentes estratos que existen en el trabajo asalariado. Veamos a cada una de estas relaciones por separado.

Detrás de la actual interrelación entre el campesinado y el trabajo asalariado subyace una larga historia de subordinación de la producción agrícola a la acumulación de capital a escala mundial.

En la Introducción de los editores a la sección sobre "Los trabajadores de la tierra" aparece esta interrelación cuando se traen a la memoria las tres formas históricas en que se ha logrado subordinar al trabajo agrícola: a través de la producción esclava, a través de combinar la producción doméstica con el trabajo asalariado migrante y a través de la formación de un proletariado rural.

La estrecha relación entre las cambiantes formas de producción industrial y agrícola queda manifiesta en el estudio de Josh DeWind sobre la transformación de campesinos a mineros, en el Perú. En un primer momento la división de las tierras comunales para constituir pequeñas parcelas privadas (el minifundio) obligó al campesino a trabajar en las minas para ganar lo suficiente y, así, poder regresar a su parcela. En esta época las minas sólo requerían de este tipo de mano de obra. Más tarde, el agotamiento de la producción minifundista obligó al campesinado a aportar el trabajo permanente que la minería empezaba a necesitar. Ante la evidente incapacidad de los minifundios para producir un excedente capaz de alimentar a la mano de obra minera, se vieron alentadas las mismas compañías mineras de los Estados Unidos a formar grandes haciendas agrícolas (latifundios) que, mediante la contratación de mano de obra barata, podían producir alimentos a bajo costo para los propios trabajadores mineros.

De hecho, parece ser que este proceso generalizado no es el simple resultado del desarrollo global de la producción de bienes de consumo y del intercambio en el Perú. Más bien, aparece como consecuencia directa de la política de las compañías mineras: destruir a la pequeña producción aledaña para comprar tierra barata. Desgraciadamente, DeWind no se ocupa de los trabajadores minifundistas ni de su relación con los mineros.

Las interrelaciones que existen entre el trabajo de la mujer y el trabajo asalariado aparecen en los artículos de Carmen Deere ("La producción de subsistencia de la mujer en el campo") y de Helen Safa ("La mujer de la clase obrera en Puerto Rico"). Deere sostiene que:

Aunque el desarrollo del capitalismo en las economías del centro frecuentemente aumenta la participación de la mujer en la fuerza de trabajo y, por consiguiente, en el proceso de producción capitalista, la expansión del capitalismo hacia la periferia tiende, más bien, a intensificar la participación económica de la mujer en los modos de producción no capitalistas. (CG&B:133)

Aun cuando no niega la importancia del trabajo asalariado femenino, Deere tiende a enfatizar el papel de la mujer en la producción agrícola de subsistencia, en la pequeña producción de mercancías y en la circulación.

La forma en que este papel femenino se articula con el papel semiproletario del hombre permite que los costos de la producción y la reproducción

de la fuerza de trabajo asalariada se asuman fuera del modo de producción capitalista. En esta forma se logra que el trabajo de la mujer subsidie los bajos salarios del capital.

A pesar de que la situación arriba descrita (al igual que el artículo de DeWind) podría traer como resultado un incremento en la *división* de papeles como consecuencia del giro creciente hacia la producción de mercancías, Safa nos muestra un panorama algo distinto (y más industrial).

Como parte integrante del imperio de los Estados Unidos, Puerto Rico ha atravesado dos fases desde la década de los cuarenta: una, de industria liviana orientada hacia la exportación, y otra, de industria pesada igualmente orientada hacia la exportación. Durante la primera fase, la mujer proporcionó mano de obra barata y llegó a constituir casi el cincuenta por ciento de los trabajadores industriales, administrativos y de servicios en 1970. Sin embargo, aun cuando la mujer era igualmente requerida para el trabajo que el hombre, es evidente que su ubicación se concentraba en los puestos menos remunerados, hecho que creó divisiones internas en la situación *trabajo-salario*. La segunda fase, que requería mano de obra altamente capacitada, afectó más al empleo femenino que al masculino.

Es evidente que la mujer desempeña diversos papeles en la acumulación de capital en la periferia. Lo que no cambia es su posición oprimida y la explotación que sufre por parte del capital.

La diversidad de papeles y la variabilidad de los ciclos sugieren la necesidad de hacer análisis históricos y geográficos más específicos. Al igual que en el caso de la relación obrero-campesino, pueden existir períodos y lugares en los que se entrecrucen de manera más evidente y estrecha los intereses del hombre con los de la mujer.

El segundo artículo de Ken Post muestra la relación de la clase obrera con el resto de la clase trabajadora al tratar de manera específica la alianza obrero-campesina. Al igual que Kowarick, este autor está interesado en la estructura y los procesos económicos que están detrás de las diferencias visibles entre las formas de producción. En primer lugar, observa que:

El capitalismo empresarial inicia su penetración a las economías precapitalistas al unir sus sistemas de intercambio al propio. Con esto logra desarticularlos de sus modos de producción, y destruye las artesanías de producción local mediante la competencia. Luego rearticula los sistemas de intercambio a los nuevos sistemas de mercado basados en la importación de bienes. Una vez que se logra incorporar la economía penetrada a un ciclo de producción y reproducción capitalista orientada hacia el exterior, es posible introducir formas de organización capitalistas al modo de producción en sí. (CG&B:271).

El autor delinea a continuación las formas de interrelación del campesinado actual con otras clases sociales en una manera que —creo— puede ser provechosamente resumida como sigue:

ORIGEN	RURAL	URBANO
PRECAPITALISTA	CAMPESINO	
	PEQUEÑOS PRODUCTORES Y DISTRIBUIDORES DE BIENES DE CONSUMO	
CAPITALISTA	EJÉRCITO INDUSTRIAL DE RESERVA	
	TRABAJADOR ASALARIADO AGRÍCOLA	TRABAJADOR ASALARIADO INDUSTRIAL

Post nos señala el papel trascendental que desempeña la pequeña producción de mercancías (tanto rural como urbana; sea de origen parcialmente precapitalista o parcialmente capitalista) en la transición del campesinado hacia el trabajo asalariado urbano, a la vez que muestra la importancia que toma el trabajo asalariado agrícola en la introducción de relaciones salariales en el medio rural. La trascendencia de este tipo de trabajo asalariado, según el autor, radica en la posibilidad de que facilite la liga obrero-campesina a nivel ideológico y político.

Las consecuencias parecen ser distintas en el caso del sector de la pequeña producción de mercancías; actúa, más bien, como "un foco de articulación para el campesinado desposeído, frente a la alternativa de ingresar a la clase trabajadora urbana". (CG&B:275)

Aunque, de hecho no existe seguimiento alguno de este tipo de relaciones económicas en las posteriores discusiones de Post sobre lazos político-ideológicos, el hecho de que este autor los haya delineado puede servir de estímulo para que nosotros profundicemos en ellos. Es más, las diferenciaciones que establece entre los estratos que conforman el campesinado al igual que los que existen al interior del sector de pequeños productores de mercancías de acuerdo a su modo de producción de origen, contribuyen a superar la tradicional dicotomización y oposición de éstos a una clase trabajadora con la que se encuentran íntimamente ligados.

El hecho de tomar al *campesinado* como centro de su análisis puede, sin embargo, constituir una limitación al enfoque de Post. Es posible que esto sea consecuencia natural de un análisis de relaciones y procesos económicos, análisis que históricamente se ha orientado a la proletarianización o, al menos, a la descampesinización.

Si bien es cierto que Post plantea interrogantes con respecto a la movilidad y rotación de papeles, es DeWind, sin embargo, quien nos recuerda con mayor énfasis un proceso económico crucial cuando analiza al trabajador minero; el proceso de desproletarianización, es decir, la acción de salir de la esfera del trabajo asalariado y regresar a "otras filas" dentro de la clase trabajadora:

La posición socioeconómica de proletariado de muchos mineros se ve modificada en virtud de su acceso a la tierra, sus capacidades técnicas y el dinero en efectivo. Cualquiera de estos elementos puede ser utilizado para salir de la mina y retornar a la agricultura o para participar en alguna otra actividad económica pequeño burguesa. (CG&B:167)

¡Mediante una rotación de personal del veinte por ciento anual (en 1969) la Cerro de Pasco Corporation lograba producir o reproducir cada cinco años una cantidad de pequeños productores equivalente a su fuerza de trabajo! Mientras que la mayoría de los trabajadores regresaban a sus pequeñas parcelas (creando, supuestamente, un campesinado más politizado) otros se convertían en granjeros comerciales, comerciantes, artesanos y transportistas.

La existencia de la esfera de la pequeña producción como opción al trabajo asalariado (sea éste obligatorio o voluntario, constituya una mera aspiración o una realidad concreta) merece ser analizada más a fondo con el objeto de esclarecer todas las implicaciones que tiene como alternativa. Por un lado, podría significar una limitación a la toma de conciencia de clase en el interior del proletariado; por otro, podría traer como resultado una difusión de la conciencia de clase y de la capacitación entre el resto de los pobres.

DeWind divide a sus mineros en "proletarios" y proletarios "modificados" basándose en la inserción "parcial" o "temporal" de éstos en la fuerza de trabajo. Adrián Peace (*Protesta industrial en Nigeria*) afirma por su parte sencillamente que,

El trabajador industrial en Nigeria es un proletario. Como miembro de una fuerza de trabajo que carece de propiedades y que opera bajo contrato, su situación de clase es, en este sentido, esencialmente la misma que la de su contraparte británica o estadounidense. La situación del obrero contrasta fuertemente con la del granjero y el empresario, las dos categorías ocupacionales de mayor importancia en Nigeria hoy día. (CG &B:419)

Desde la perspectiva de un análisis de procesos y relaciones, ninguna de las dos posiciones es realmente aceptable aun cuando se puedan entender los motivos que tiene cada autor para asumirlas. Ambos se centran en el *proletariado* cuando tendrían, más bien, que hacerlo sobre el *proceso de proletarización* que se da dentro y fuera del complejo o la fábrica.

Esto último, cuestión de gran importancia, aparece claramente señalado en la sección de CG&B que se refiere a los trabajadores migrantes en las economías del capitalismo central. Estos estudios nos muestran de manera dramática los diferentes tipos de ubicación del proletariado que interesan a B&G. Aun cuando la manera de abordar la relación entre el proletariado local y el migrante suele caer fácilmente en el tipo de oposición dicotómica que buscó superar, estos trabajos nos permiten ver la cuestión como una



forma específica dentro del proceso general de división de la clase obrera reproducida continuamente por el capital y el Estado.

Este proceso general consiste en utilizar mano de obra con desventajas políticas o sociales (de tipo sexual, regional, religioso, racial, étnico o nacional) en los empleos menos remunerados, en las industrias peor pagadas, para que actúen como ejército industrial de reserva y logren contrarrestar la acción del sector organizado de la clase obrera.

La interrelación de la clase obrera organizada y el trabajador migrante se da tanto en el plano de las relaciones *internas* como en el de las relaciones *externas* de clase porque el migrante es un hombre (o mujer) de dos mundos. En el caso del inmigrante surge, desde luego, el problema de las relaciones *internacionales* de la clase obrera organizada.

El estudio de Adrián Adams (*El campesinado de Senegal como obreros inmigrantes en Francia*) señala la larga cadena histórica y geográfica que une a la deprimida región de Fouta Toro con las obras en construcción en París.

El hecho de que el capitalismo necesita y explota las divisiones internas de la clase obrera, las divisiones entre el obrero y el que no lo es y las divisiones nacionales del obrero, está señalando claramente la existencia de un único interés permanente y que la superación de las divisiones que existen en el *interior* de la clase obrera nacional, requiere superar las que existen en el *interior* del estrato trabajador más pobre y las que se dan entre los diferentes contingentes nacionales.

Después de haber analizado detalladamente los elementos básicos de las relaciones económicas como fundamento de los conflictos entre intereses inmediatos y un interés común a largo plazo, pasemos a ver la manera en que éstos se expresan en términos de ideas y actitudes.

## 2. *Las relaciones socioculturales*

A pesar de la importancia que Bromley y Gerry conceden a las relaciones económicas, la obra dice muy poco con respecto a las relaciones socioculturales, a no ser por inferencia indirecta. La imagen general que se proyecta es de individualismo, competitividad y apatía por parte del pequeño productor (Sarin, en B&G, 1959; Gerry, en B&G:248) y de un trabajador asalariado con actitud conservadora e interesado sólo en sí mismo. Aunque los autores intentaran alejarse del término de la "aristocracia obrera", en la práctica presentan como tal en *dos* ocasiones al obrero asalariado organizado. En la introducción hablan de grupos de obreros "para los que la defensa y el incremento de su situación relativamente privilegiada son más importantes que la solidaridad hacia grupos menos favorecidos"

(B&G:9). Y, en las conclusiones hablan de: “un grupo selecto de obreros cooptados que contribuye sustancialmente [...] al empobrecimiento paulatino de sus compañeros menos favorecidos.” (B&G:309)

El hecho de que Cohen, Gutkind y Brazier enfaticen el elemento de protesta, nos indica que su obra tiene mucho más que decir con respecto a las actitudes y a la ideología. Podemos, entonces, analizar lo que aparece con respecto a la mujer, a los campesinos y a los pobres del campo, a los pobres de la ciudad en general y a la clase obrera organizada.

Los supuestos de Deere sobre el papel de la mujer en las economías del capitalismo periférico sugieren un conflicto entre sus intereses personales inmediatos y una conciencia consecuente que no tiene perspectivas de unirse con las demás: ya que el hombre es miembro de una clase en conflicto colectivo con el capital, mientras que la mujer sólo tiene interés en lograr acceso a la tierra.

Al principio, Safa aparenta ser igualmente pesimista:

Participar en la fuerza de trabajo puede ser condición suficiente en los varones para que se forme una conciencia de clase; sin embargo, afirmaría que en el caso de la mujer no es suficiente porque ella sufre una subordinación sexual además de la opresión de clase. Aquí se ha definido conciencia de clase como un proceso acumulativo en el que la mujer: 1] reconoce estar explotada y oprimida; 2] reconoce el origen de su explotación y opresión; y 3] está dispuesta a y en condiciones de organizarse y movilizarse en base a sus propios intereses de clase. (CG&B:443)

El hecho de que, para la mujer que trabaja, persistan las responsabilidades hacia el hogar y el trabajo doméstico, no sólo logra agotar sus fuerzas. También hace que su papel en la familia sea primordial, la aisle, le cree dependencia hacia el hombre (o hacia el Estado, cuando se pagan seguridades sociales) y la predispone hacia asumir una actitud mística de “marianismo” (es decir, a asumir el papel de virgen María, atenta, sufrida, silenciosa y protegida). No obstante, Safa no considera que la orientación doméstica y familiar de la mujer trabajadora sea exclusivamente negativa. Incluso, sugiere que la idealización del aspecto hogareño (y comunitario) de la solidaridad humana no capitalista proporciona una base a partir de la cual puede desarrollarse, desde el interior, la activación de la mujer... ¡y del hombre! Será necesario retomar este punto cuando tratemos las implicaciones de la acción debido a que aquí Safa sólo hace proposiciones en lugar de analizar evidencia.

Los trabajos de CG&B no tienden a alentar la formulación de generalizaciones en lo que se refiere a la conciencia de las masas en el campo. Ian Clegg hace una clara distinción entre el proletariado agrícola radical y el campesinado conservador cuando se refiere a Argelia en su época independiente:

Los campesinos luchaban por lo que consideraban su herencia, un legado con fuertes raíces en su pasado árabe, bereber e islámico. Su conciencia estaba enraizada en los valores y las tradiciones de este pasado y su meta era reproducirlos. La revolución, como concepto, es ajena a la conciencia del campesinado mientras la relación de los campesinos con su ambiente siga siendo uno de los reductos de resistencia pasiva en lugar de transformación activa. (CG&B:239)

Sin embargo, Sidney Mintz (en *La conciencia del proletariado rural en el Caribe*) considera que el campesino es *más* revolucionario que el proletariado rural:

Han sido los sectores campesinos de las sociedades caribeñas a quienes se les ha observado poseyendo y aun ejerciendo el potencial revolucionario que Marx atribuye al proletariado industrial. Aun cuando los sectores del proletariado rural en las Antillas han demostrado en repetidas ocasiones su capacidad de respuesta y acción política, muy rara vez han mostrado su conciencia proletaria como fuerza revolucionaria. (CG&B: 193)

Clegg aparece injustificadamente determinista cuando prácticamente elimina el papel que pueden desempeñar los campesinos en las revoluciones *anticapitalistas*, mientras que Mintz aparentemente hace generalizaciones equivocadas acerca del papel que juega el campesinado en las revoluciones anticapitalistas a partir de su participación en las revoluciones *antiimperialistas*.

Es evidente que las limitaciones o potencialidades de la conciencia de cualquiera de los dos protagonistas sólo podrán ser juzgadas una vez que se haya analizado su articulación organizativa y los papeles que cada uno juega en los levantamientos nacionales y sociales. Es más, su grado de conciencia debe ser comparado con el del proletariado urbano pertinente ya que —como demuestra Clegg en la Argelia independiente— el proletariado industrial tampoco resultó ser tan revolucionario y —como a Mintz se le pasó señalar— en el caso de Cuba la transición de una revolución antiimperialista hacia una revolución anticapitalista dependió precisamente de la clase obrera urbana.

CG&B parecen compartir el escepticismo de B&G hacia la conciencia y la capacidad de los sectores urbanos de pequeños empresarios. Con respecto al “subproletariado”, Clegg afirma que:

Se les ha negado la precaria seguridad que brindan tanto los valores tradicionales de la sociedad rural como el empleo de la economía industrial. Esta masa [...] encara una lucha diaria y desesperada por la existencia [...] Esta desesperación y la pérdida total de una identidad cultural son las que eliminan sus posibilidades de actuar de manera consciente sobre el mundo externo. En términos subjetivos, el subproletariado no tiene conciencia de sí mismo como organización social. Su falta de identidad social o económica lo convierte en una serie. (CG&B:239)

La individualización que existe en el interior del sector de los pequeños productores opera como un fuerte estímulo para que éstos tiendan a identificarse con salvadores que provienen de estratos superiores en lugar de optar por una organización colectiva propia. El estudio de Post sobre los levantamientos populares en Jamaica en 1938 claramente lo demuestra. Al darse el levantamiento en los primeros momentos organizativos de un proletariado urbano todavía incipiente, cayó rápidamente bajo la influencia ideológica de dos dirigentes; uno, con experiencia y un estilo empresarial; el otro, de tipo "estrato medio asalariado".

Otra vez quisiera tener mayor cautela en deshacerme de los no asalariados o de los asalariados urbanos eventuales que la que han mostrado los autores citados. Fuera de sus lugares de trabajo, comparten muchas cosas con los asalariados permanentes. Este hecho debería convertirlos en aliados más inmediatos y más abiertos a la influencia de la clase obrera de lo que podría serlo el campesinado. Es claro que si la pequeña burguesía tiene el grado de influencia *sobre* la clase obrera urbana que afirman los articulistas del CG&B, debe también existir la posibilidad de una hegemonía obrera *sobre ellos*.

La "conciencia de clase trabajadora", claro está, presenta variaciones a través del tiempo y en cualquier momento dado. Está sujeta a cambios que se presentan en las fuerzas y en las relaciones de producción además de la manipulación directa por parte de la administración, el Estado o en movimientos políticos diversos. La "conciencia" puede estar atrasada con respecto a la acción, o puede existir como una potencialidad no explotada.

Gran parte de lo anterior se hace evidente a través de ciertos artículos de CG&B. El estudio de Alan Angell, por ejemplo, que analiza la situación chilena durante el período 1870-1930, muestra la predominancia de las concepciones gremialistas, anarquistas y socialistas entre los diferentes tipos de obreros, y una paulatina transición desde el primero hacia el último al paso del tiempo.

Durante la década de los veinte en Shanghai (ver Chesneaux), los intentos de los comunistas por crear sindicatos fuertes y por organizar la insurrección popular tuvieron primero que superar las actitudes anarquistas que existían en el interior de la clase obrera, recientemente separada del trabajo artesanal en el campo y la ciudad. Por otra parte, los estudios sobre el obrero en la India y Ceilán (de E. A. Ramaswamy y Robert Kearney) dan una idea del grado en que los empleados permanentes están controlados por el parlamentarismo.

Pero los éxitos que logran las clases privilegiadas en sus esfuerzos por dominar ideológicamente a la clase obrera organizada y separarla de los demás sectores también implican riesgos. La corporación de Cerro de Pasco utilizó métodos muy sofisticados para lograr la incorporación ideológica de los obreros en las minas peruanas. El objetivo principal era la esfera doméstica y residencial. Los trabajadores sociales 1] ayudaron a

“resolver algunos problemas concretos”; 2] intentaron transmitir sus propios valores de clase media a los obreros; 3] revisaban las casas de la compañía para asegurarse de que se cumplían las normas establecidas; y 4] indicaban a las mujeres cómo cuidar el hogar, qué comprar, cómo administrar el ingreso del marido, etcétera.

Paradójicamente, los intentos de la compañía por crear una fuerza de trabajo estable, económicamente independiente y bien adaptada [...] no hicieron más que incrementar las dificultades y las frustraciones que surgen de vivir en base a un salario y un mercado y, en lugar de crear una paz laboral, contribuyeron a provocar huelgas y críticas políticas. (CG&B: 166)

Esto resultó ser cierto, no sólo para los obreros, sino también para sus esposas.

En lugar de crear una sensación de bienestar en las mujeres, los programas de trabajo social provocaron humillación porque las hacían sentir que sus formas de vida rural eran inferiores. Luego provocaba frustración al enseñarles a desear y necesitar más de lo que sus presupuestos les permitían adquirir [...] A esta indignidad se añadía el entendimiento de que la compañía los presionaba a cambiar de vida en beneficio de ella. (CG&B: 165-6)

En este ejemplo podemos observar —en una escala geográfica pequeña y durante un breve lapso de tiempo— los métodos que utilizaban tanto el capital nacional como el Estado para lograr la incorporación de los asalariados permanentes junto con las consecuencias contradictorias que pueden traer consigo estos métodos.

La naturaleza potencialmente contraproducente de este tipo de medidas de manipulación no contrarrestan, sin embargo, sus posibilidades inmediatas de lograr la división y el control de la clase obrera. A pesar de los acercamientos entre grupos raciales, hasta entonces divididos, que se lograron a partir de la ola huelguística de 1973 en Sudáfrica (Instituto de Educación Industrial), este tipo de manipulaciones sigue operando para provocar, incluso, el debilitamiento de la clase obrera de color de ese país.

Las divisiones raciales o nacionales en el interior de la clase obrera no presentan características excepcionales con respecto a otros tipos de divisiones. Sin embargo, tienden a hacer aflorar el problema de la división interna de clase en una forma particularmente clara y cruda. Esto los tornó *visibles* a los ojos de los teóricos burgueses y, más aún, logró confundir a estos intelectuales, impidiendo que descubrieran la naturaleza real de este tipo de divisiones o que reconocieran aquellas tendencias que pueden llevar a su superación.

Esto no sucede, claro está, con Manuel Castells. Este autor presenta el problema en sus múltiples facetas de esta manera:

el elemento clave de la expansión capitalista, como el chivo expiatorio fantasma de la burguesía, quien está siempre listo para alimentar el fuego de la xenofobia y el racismo; como pretexto para reanudar la vacilante caridad; como un mito para la movilización de la izquierda europea y como causa continua de confusión para los sindicatos y partidos políticos. (CG&B:353)

A diferencia de los liberales caritativos, Castells reconoce que la xenofobia existe no sólo "contra el inmigrante, sino también en el sentido contrario". (CG&B:370)

Ahora será necesario abordar las interrogantes acerca de las posibilidades y las formas que tienen la izquierda, los sindicatos y los partidos políticos de superar estas divisiones.

### 3. *Las relaciones político-organizativas*

El panorama pesimista que presentan Bromley y Gerry con respecto a las actitudes del pobre de la ciudad es consecuencia lógica de la escasa evidencia que brindan sobre la organización y la acción.

El relato de Sarin sobre la larga lucha del pequeño comerciante de Chandigarh por proteger y aumentar sus propios beneficios e intereses frente a los grandes comerciantes y el Estado, revelan tanto su capacidad de acción como su principal debilidad:

La naturaleza contradictoria de la conciencia política del pobre, y la desigual competencia en la que tiene que desenvolverse, limitan en gran medida su potencialidad de [...] cambiar [...]. Una de las condiciones básicas impuestas por parte de [...] los mercaderes para aceptar la reubicación, fue exigir que se evitara que otros pudiesen utilizar los mismos canales que les habían permitido a ellos lograr un cierto grado de seguridad dentro del marco legal vigente [...]. Como el dirigente [...] señaló, los comerciantes más pequeños y empobrecidos sólo podrían, a lo sumo, lograr reproducir su situación actual. Sin embargo, aun cuando se proporcionase asistencia de cierto tipo específico, los que se beneficiarían de la intervención de las autoridades serían principalmente los comerciantes más pudientes. (B&G159)

Birkbeck relata una situación parecida cuando habla de un intento por formar una cooperativa de pepenadores que fracasó después de un año debido a la mala administración y a las tácticas que emplearon las compañías papeleras para establecer precios. Enfatiza los obstáculos que se presentaron a la sindicalización tales como la falta de habilidad política, la dispersión geográfica y la gran cantidad de explotadores directos que existían (las compañías que compraban el material a los pepenadores). Añade que:

La historia de la sindicalización de los empleos de baja remuneración en Cali (tales como los vendedores ambulantes o los pequeños transportistas) relata una secuencia de personalismos y corrupción con una ideología subordinada y servil a los 'administradores' del sistema. (B&G:180)

Tenemos dos tipos de evidencia un tanto contradictorios en relación a los trabajadores asalariados, aun cuando ninguno cuenta con una argumentación explícita. Birkbeck menciona el hecho de que los obreros bien pagados en la empresa Cartón de Colombia han contado con un sindicato que los representa durante los últimos treinta años sin que haya estallado una sola huelga. La compañía está en disposición de despedir a cualquier militante aunque esto implique pagar fuertes indemnizaciones. También ha estado dispuesta a pagar importantes aumentos salariales con tal de evitar la sindicalización en el interior de sus propias bodegas. En el caso de Chandigarh, un sindicato cuyos miembros vivían en asentamientos irregulares, organizó una huelga en contra de su desalojo.

En este caso, la evidencia es insuficiente. Tiene mayor peso en el asunto de los pequeños productores que aparecen como incapaces de defender de manera efectiva un interés colectivo propio. Los asalariados que cuentan con seguridad en el empleo aparecen como capaces, no sólo de defender un interés colectivo propio (Cartón de Colombia), sino, incluso, de actuar en defensa de los intereses de los no asalariados (Chandigarh).

El fracaso de la acción aislada por parte de los pequeños productores y la acción generalmente limitada por parte de los asalariados sugieren la *necesidad* de combinar las acciones de ambos. Este asunto se retomará en la siguiente sección.

Antes, es preciso analizar los elementos que presentan Cohen, Gutkind y Brazier con respecto a las relaciones organizativas que existen entre los trabajadores pobres. Dado que esta obra tiende a enfatizar el elemento de protesta, debería tener mucho que decir a este respecto.

Efectivamente, la introducción que hacen los editores a la sección sobre "Las estrategias de acción de la clase obrera" (CG&B:219-221) trata específicamente sobre este tipo de interrelaciones y nos permite hacer un análisis sobre las relaciones de los obreros con otros sectores. Más aún, identifica una serie de "estrategias" alternativas que aparecen desglosadas en los artículos siguientes sobre la clase obrera organizada. Estas son: 1] una identificación ascendente con respecto a uno o varios de los partidos parlamentaristas (ver el artículo de Ramaswamy sobre un sindicato textil en la India); 2] las huelgas económicas o políticas (ver el artículo de Kearny sobre Ceilán); 3] la autoadministración obrera (ver el artículo de Clegg sobre Argelia); 4] la alianza obrero-campesina (ver el artículo de Post). Añade como quinta opción posible, la identificación con un partido populista u obrero.

Desgraciadamente, presentar estos elementos como *estrategias alternativas* no ayuda al lector a entender el material que se presenta en esta sección,

ni en el resto de la obra. Para lograr esto, creo necesario analizar la organización y la acción de la clase obrera en base a los siguientes elementos: 1] el período, en relación al desarrollo del capitalismo mundial y nacional y en cuanto a la organización de la misma clase obrera; 2] la situación sociopolítica, sea ésta tradicionalmente autoritaria, liberal o corporativa moderna; 3] la articulación organizativa, partiendo del comité de huelga, hasta llegar al partido revolucionario socialista y, únicamente después de analizar estos tres puntos, 4] la "estrategia", mejor concebida como *nivel* de lucha.

Si analizamos primero la organización obrera desde una perspectiva histórica, creo que podremos identificar los problemas que sean específicos a cada etapa de la formación de clase, sea inicial, media o avanzada, aun cuando algunas situaciones concretas puedan ajustarse a la escala temporal.

Separar la organización y la acción obreras de las formas que le son típicas al campesinado y a la pequeña burguesía debe ser el punto de partida. Para lograr una organización obrera, se requiere crear sindicatos que estén libres de los elementos gremialistas que caracterizaron a las sociedades mutualistas de los inicios del sindicalismo en Chile (ver Angell). Lograr una acción obrera requirió superar los motines urbanos y rurales característicos de las primeras protestas en China (ver Chesneaux) o en Jamaica (ver Post).

En una segunda etapa, el problema parece consistir en evitar o vencer la dominación que sufren las organizaciones y actividades obreras por parte de la pequeña burguesía o de los estratos políticos medios. Este tipo de control resultó ser el destino de los primeros sindicatos de Jamaica en 1938 y el de la India y Ceilán contemporáneos, según muestran Ramaswamy y Kearny.

Aunque este tipo de refugios pueden ofrecer una cierta protección a los obreros y sindicatos, la eliminación del orden capitalista periférico requiere de una tercera etapa: que establezca la hegemonía de la clase obrera sobre los pequeños empresarios y campesinado.

Peace sugiere que tal fue la posición y el papel que jugaron los obreros de la fábrica de Lagos en 1970. Sin embargo, no considero que la simpatía popular hacia una huelga que apenas sí alcanzó a tener un carácter industrial o el descontento obrero hacia el orden social imperante, puedan ser interpretados como el deseo o la capacidad de hegemonía de la clase obrera, de la misma manera en que no creo que sea válido catalogar su acción como una "pequeña insurrección en contra del orden establecido". (CG&B:431). Este tipo de hegemonía se logró establecer durante un breve período bajo la dirección comunista en Shanghai en 1926, pero fue únicamente sobre la pequeña burguesía urbana y el estudiantado; aún no existía la hegemonía sobre el campesinado (ver Chesneaux).

Post sugiere que, en el caso de Argelia, la protesta urbana masiva constituyó el "punto crítico" de la revolución y que los trabajadores de las haciendas desempeñaron un papel creciente en las áreas rurales. Sin em-



bargo, concluye que “el mayor avance de la revolución se logró mediante la articulación e interacción de los obreros y el campesinado”. (CG&B:279-80). Aun así, este tipo de articulación no significa que existía una hegemonía obrera *sobre* las masas, como tampoco lo significaron las dramáticas tomas de fábricas que siguieron (ver Clegg). La facilidad con que posteriormente se estableció un control burocrático sobre las fábricas y los sindicatos demuestra el hecho de que aún no se había alcanzado la tercera etapa.

La necesidad de diferenciar las situaciones sociopolíticas en las que se organizan los obreros de las que sirven de contexto a su protesta, radica en el hecho de que fenómenos en apariencia similares, pueden tener diferentes significados. Un ejemplo, la creación de una central obrera nacional y la organización de una huelga industrial a nivel nacional.

Los regímenes de tipo autoritario (preliberales), colonial o nacionalista, tienden a fomentar la identificación de los obreros con el resto de los pobres y a unificar la lucha industrial con la política. Esto se demuestra en Shanghai, Jamaica y Argelia en 1926, 1938 y 1959-60 respectivamente. También se comprueba en Puerto Rico a principios de siglo, cuando los sindicatos tenían una dirección socialista y las mujeres participaban activamente en los movimientos de protesta obrera.

Los regímenes liberales tienden a fomentar la división entre las luchas industriales y las políticas mediante la incorporación a un ritual, de relaciones industriales en el caso de los primeros, y de tipo parlamentario, en el caso de los segundos. De esta manera, el liberalismo también fomenta la separación entre la clase obrera organizada y los pobres. La evidencia sobre Ceilán y la India fundamenta este punto. Frecuentemente se logra la articulación de las principales luchas obreras con las que le son propias al campesinado y a los pobres de la ciudad (quienes a menudo tienen sus propias organizaciones) a través de la dirigencia clasemediera de los partidos parlamentaristas.

Los regímenes corporativos (posliberales) *imponen* las divisiones entre las fracciones de la clase obrera o de los trabajadores, más que *fomentarlas*. De hecho, esta imposición se hace indispensable cuando el fomento liberal no logra sus propósitos. Sin embargo, el corporativismo niega la libre competencia que sirve para disfrazar la hegemonía burguesa sobre las masas trabajadoras. Bajo estas circunstancias, cualquier acción industrial efectiva tenderá a ser tratada como una insurrección, incluso por parte de los regímenes corporativistas de corte radical. En consecuencia, los obreros se verán otra vez obligados a ampliar su radio de acción de tal manera que incluyan a la totalidad de la masa trabajadora. DeWind nos muestra los inicios de este tipo de proceso de educación obrera cuando los mineros peruanos rechazan los órganos de “participación” que ofrecía el régimen militar radical y exigen la inmediata nacionalización de las minas y el

mejoramiento de sus condiciones de trabajo, temeridad por la que fueron brutalmente reprimidos.

En relación al aliento y sofisticación organizativa, podemos partir de los grupos de trabajo “invisibles”, los comités delegacionales o de huelga (previos o externos al sindicato), pasando por el sindicato con sus múltiples variaciones hacia los partidos laboristas, nacionalistas, radicales o populistas que atraigan a los obreros en especial, hasta llegar finalmente al partido de revolución socialista.

El primer tipo de organización aparece no sólo en el Lagos colonial (ver Anthony Hopkins) y en Rodesia (ver Charles van Onselen) sino incluso en Sudáfrica contemporánea (en donde una organización visible pondría en peligro a los dirigentes de huelga) y en el Lagos contemporáneo, donde existía una división laboral implícita entre los obreros que paraban “espontáneamente” y el dirigente sindical que negociaba un arreglo. Las limitaciones que tiene este tipo de organización son, a todas luces, evidentes.

El siguiente nivel de organización en términos ascendentes, la *variedad* de sindicatos, se manifiesta en tres tipos claramente diferenciables que coexistían en Chile a principios de siglo; cada uno tenía sus formas estructurales, ideológicas y estratégicas específicas.

La *capacidad* que tiene un sindicato para actuar, no sólo en favor de los intereses de la clase obrera, sino también como especie de representante del resto de los trabajadores, queda manifiesta en el caso de Lagos que nos presenta Peace. Castells, por su parte, apunta tanto la capacidad como las *limitaciones* cuando analiza la respuesta de los sindicatos ante los problemas laborales de los trabajadores inmigrantes en Europa. La tajante división económica y política que existe entre los obreros nacionales y los inmigrantes

a menudo se ve reforzada por el corporativismo y la miopía de los sindicatos. Bajo el pretexto de defender el empleo de los nacionales, pierden de vista la estrategia real del capitalismo al respecto. Colaboran, de hecho o intencionalmente, con la política que sostiene el gran capital de regulación y control de la inmigración (mediante la ayuda de la fuerza pública, si resulta necesario). En ocasiones, los sindicatos tienen miedo de contrarrestar las actitudes xenofóbicas de algunos sectores laborales (que se encuentran bajo la influencia de la ideología dominante) y terminan por reforzar una situación que ellos mismos denuncian o que ayudan verbalmente a denunciar [...] Las actitudes de los sindicatos pueden verse reforzadas por el antisindicalismo o la desconfianza que se da en numerosos inmigrantes (que surge debido a una falta de conciencia, más que a un exceso de ésta) [...] (CG&B:371)

Aunque éste es un caso extremo, sirve para ilustrar las limitaciones generales de los sindicatos que tienen su base —como debe ser— en la

clase obrera, tal y como ésta se estructura en función de elementos ocupacionales, industriales, regionales y de nacionalidad.

Los partidos laboristas, radical-nacionalistas o populistas, pueden articular la protesta obrera más allá de las fronteras de la industria, y llegar a nivel del Estado. Podemos ver el origen de este tipo de política laborista en el caso jamaicano cuando los dos dirigentes luchaban por dominar el movimiento popular. Podemos observar la dominación que ejercen este tipo de partidos *sobre* la fuerza de trabajo en el caso de India, Ceilán y... ¡Francia! Castells aborda de manera implícita este tipo de dominación cuando condena:

La frecuente preferencia por consolidar alianzas de clase a expensas de la unidad del proletariado [ya que] esto implica aceptar desde un principio la subordinación de los intereses de la clase obrera a los de los estratos intermedios. Este es, entonces, un intento por explicar la extraña pasividad del movimiento laboral ante su fracción inmigrante. Si esta fragmentación persiste en el tiempo, puede llegar a ser una causa fundamental de la debilidad política del movimiento laboral y el resultado de una estrategia de alianzas engendradas por los intereses de otras clases sociales. (CG&B: 378).

Aquí se expresan en forma concisa las limitaciones *generales* inherentes a los partidos de trabajadores cuando no son revolucionarios. El único caso de partido revolucionario socialista que conocemos con claridad es el chino. Aquí el Partido Comunista supera el nacionalismo, aísla a la burguesía local y proporciona dirección al estudiantado y a la pequeña burguesía además de los obreros. Sin embargo, en el caso de Francia, Castells nos muestra a dos grupos marxistas (o grupúsculos), ambos intentando unir los intereses de los obreros nativos e inmigrantes, cada uno con su propio análisis y estrategia, pero trabajando en conjunto ante la presión de una movilización obrera general. Resulta evidente que será sólo bajo una dirección (o direcciones) socialista revolucionaria donde podrá lograrse la unidad nacional e internacional efectiva de la clase obrera y la unidad efectiva de los obreros con el resto de las masas trabajadoras a nivel nacional.

Sólo ahora podemos reconsiderar las "estrategias" que nos ofrecían CG & B en un principio. Ahora resulta posible reordenarlas e interpretarlas en base a una escala cada vez más amplia de acción obrera. Empezamos, entonces, con la huelga, que *puede* tener un carácter político y aun de insurrección, pero que, por su propia naturaleza *permite* la acción hasta de las más pequeñas fracciones o estratos de la clase obrera. Pasamos, luego, al partido político que, por naturaleza, *exige* una actividad a nivel nacional y demandas al Estado y que, al menos *permite* hacer alianzas entre clases. De allí pasamos a la alianza obrero-campesina (o, ¿debería ésta incluir de manera explícita a la mujer y a los pobres de la ciudad?) como una relación de clase necesaria para el derrocamiento de la sociedad

capitalista de la periferia. Terminamos con la autoadministración obrera (o, ¿deberíamos decir del productor?) como principal forma de combatir al capitalismo a nivel empresarial y de evitar la hegemonía de la burocracia, una vez derrocado el capital.

#### 4. *Implicaciones de la acción*

Aun cuando la obra de Bromley y Gerry se caracteriza por presentar una reacción general en contra de las estrategias de desarrollo que se basan en estímulos nacionales e internacionales al “sector informal”, varios de los artículos que allí aparecen parten del supuesto de que este tipo de estrategias son realizables. Afortunadamente, sólo McGee (*Pobreza en Jakarta*) parece creer que:

existe una variedad de políticas que pueden ser asumidas por los gobiernos municipales y que descansan, asimismo, sobre acciones que favorecen a los pobres de la ciudad. (B&G:64)

Dado el terrorífico relato que acababa de hacer sobre unidades militares que confiscan, destruyen y terminan por desalojar a los habitantes de asentamientos marginados fuera de la ciudad, es difícil que el optimismo con el que sigue escribiendo logre convencer. (Es más, si no me equivoco, ya había logrado disimular un reformismo aún menos creíble que aparecía en una versión previa del mismo trabajo.)

La impresión general que dan los artículos que se refieren a políticas de esta naturaleza es de una abrumadora y convincente negación de la potencialidad progresiva que puedan tener este tipo de estrategias. Por el contrario, Savin (B&G:159) las ridiculiza en términos de “simplistas” o “románticas” y Gerry las tacha de suicidas mientras afirma que si los gobiernos del tercer mundo continúan actuando bajo las políticas actuales con respecto a los trabajadores pobres, “sus días estarán contados”. (B&G:248)

El pesimismo general que aparece en el relato de Gerry hacia las políticas estatales positivas y la amenaza de un descontento popular creciente, no se ven contrarrestados con muestras de la capacidad que tienen los trabajadores para desestabilizar el régimen, ni con sugerencias acerca de cómo podrían hacerlo. Es probable que la constante tendencia de los editores (sea positiva o negativa) de considerar al Estado como única forma posible de poder político, sea precisamente la que los lleve a adoptar este tipo de “idealismo flagrante” que intentaban evitar:

si hemos de salir de un mundo en el que los objetivos manifiestos tienen grandes posibilidades de ser alcanzados [...] es indispensable efectuar una revolución en la formulación de políticas [...] [que] pueda preparar el

terreno para lograr objetivos de desarrollo auténtico que estén acordes a las aspiraciones y potencialidades del grueso de la población [...] (B&G: 307).

El enfoque que mantiene la obra de Cohen, Gutkind y Brazier hacia la acción de protesta de los trabajadores pobres, evita que sucumban al pesimismo o que profeticen un apocalipsis como única alternativa. A pesar de la evaluación generalmente sobria y cautelosa que hacen de las capacidades de los obreros y otros, desafortunadamente no la acompañan del tipo de asesoramiento que los servidores tradicionales del Estado suelen ofrecer al gobierno. Sin embargo, sí se toman algunas posiciones explícitas o implícitas al respecto y hay otras que quisiera extraer de mi lectura del material. Me referiré a cada una de ellas en función de sus niveles político-organizativos, socioculturales y económico-productivos.

En lo que al nivel político se refiere, ya he sugerido que es necesario pensar en términos de dos conjuntos de relaciones: las que sostiene la clase obrera en su interior, y las que mantiene con elementos externos a ella.

Las relaciones externas se refieren a lo que tradicionalmente se ha dado en llamar la "alianza obrero-campesina". Aunque Post hace mención específica al respecto en su artículo, la lectura del material que presentan Chesneaux, Safa, él mismo y, de hecho, casi todos los autores de la colección B&G, hace evidente el hecho de que no puede tratarse este problema en términos tan restringidos. También resulta obvio que se trata de un problema de las relaciones de la clase obrera organizada con el resto de los pobres de la ciudad (ver Post, Chesneaux, Clegg y Safa) y con las mujeres, sean o no parte de la clase (ver Deere, Safa).

Lo anteriormente dicho resalta más en el trabajo de Safa, que también contiene los elementos indicativos más explícitos de toda la obra:

Cualquier intento por desarrollar una conciencia de clase en la mujer que pertenece a la clase obrera, deberá abordar las tres áreas en las que ella se encuentra subordinada: el *trabajo*, la *familia* y la *comunidad* [...] Enfocar el problema de la conciencia de clase desde una perspectiva feminista permite cuestionar la validez de los limitados puntos de vista que se centran exclusivamente en los papeles laborales, *aun tratándose de los hombres* de la clase obrera latinoamericana. A medida que crece la fuerza de trabajo marginada en las ciudades como consecuencia de un proceso de industrialización que se basa en la intensificación del capital y en una migración ininterrumpida del campo hacia la urbe, también crece para el hombre la dificultad de encontrar un empleo estable o de identificarse con su papel laboral [...] Bajo estas circunstancias, se obstaculiza, asimismo, el desarrollo de una conciencia de clase en el hombre en su lugar de trabajo y podría llegar a ser necesario investigar el *papel del hombre en la familia y la comunidad* como alternativa. (El énfasis es mío, P. W.) (CG&B:456)

Aunque quisiésemos reemplazar el término “marginal” por el de “pequeña producción” y el término “alternativa” por “adicional”, la implicación esencial seguiría siendo: la necesidad de una alianza política entre la clase obrera organizada y los movimientos femeninos y los pequeños productores-distribuidores permanentes y masivos. Esto requiere actuar en los ámbitos domésticos y comunitarios. De este modo, no se trata de una alianza obrero-campesina, sino de una alianza obrero-campesina-femenina-pobres de la ciudad.

Ahora bien, ha sido imposible referirse a las “relaciones externas” sin tocar también a las internas: la mujer de la clase obrera está tanto dentro como fuera de ella; los pobres de la ciudad son al mismo tiempo pequeños productores-distribuidores y ejército industrial de reserva y trabajadores asalariados eventuales. La liga entre la solidaridad *en* la clase obrera y la solidaridad *de* la clase obrera no es una simple posición ideológica o moral; una forma parte de la otra. Tampoco pueden existir sin la solidaridad *internacional* de la clase obrera, que debe también ser entendida en forma dialéctica. Es evidente que la solidaridad *internacional* no es sólo un *aspecto* de las organizaciones y las acciones de la clase obrera. Es su forma más avanzada y, por lo tanto, constituye la norma para evaluar el nivel actual de la organización y acción obreras. Sin embargo, el material de la obra de CG&B deja claramente asentado que la solidaridad internacional obrera es una forma indispensable para que pueda existir una relación externa entre la clase obrera organizada del capitalismo central y los campesinos y otros pequeños productores de la periferia. La mutua penetración de estas relaciones y las implicaciones que tienen para el trabajo organizado, se desprenden claramente de los artículos sobre obreros migrantes.

Al igual que en el caso de las mujeres, la nueva verdad surge de la *lucha y la interpretación sensible que de ella se haga*. ¿Qué nos revela la “perspectiva de migrante” de Adrian Adams? Lo que empezó como una asociación amistosa de trabajadores provenientes de Senegal y financiada por el Estado francés, se convirtió en un órgano autónomo de lucha de clases para todos los trabajadores africanos negros, que estimuló a los inmigrantes a afiliarse a los sindicatos franceses en sus lugares de trabajo, mientras organizaba acciones en contra de los arrendadores y el Estado francés. Sin embargo,

estos derechos como obreros, que se deberían buscar a través de la esencial cooperación de los sindicatos franceses, son secundarios frente a sus demandas como africanos: cambios [...] que les permitirían trabajar en sus propios países. Mencionan, de manera especial, cuestiones como el desarrollo de la agricultura [...] mediante la construcción de presas y la introducción de riego; la movilización de todos los ciudadanos en pro de tareas colectivas, incluyendo la alfabetización; poner fin a la corrupción y al fraude; y, las ventajas de procesar la materia prima localmente [...]

Esto implica invertir la priorización existente, cambio que sólo es posible imaginar desde una perspectiva definitivamente no capitalista. (CG&B: 323).

Así, los trabajadores inmigrantes articulan en una misma persona, dos papeles: el de obrero y el de campesino (lo mismo podría decir por extensión de los migrantes que permanecen en la periferia). El hecho de que *sean* ambos personajes y *hablen* por ambos, no significa que la clase obrera organizada reconozca la oportunidad que se le brinda de ejercer la solidaridad internacional obrera y obrero-campesina. La reacción suele tomar formas *proteccionistas* (en el caso de los sindicatos de negocios en Estados Unidos y los sindicalistas socialdemócratas europeos) o *asimilacionistas* (en el caso de los europeos “marxistas”).

Adams afirma en este sentido que:

El principio formulado por los sindicatos franceses [...] con respecto a la igualdad de derechos de los trabajadores inmigrantes en Francia son totalmente loables [...] Pero se trata siempre de derechos *en Francia* y de una integración a la clase obrera *francesa*. De modo similar, el Partido Comunista insta a la solidaridad obrera y al progreso paulatino a través de los canales adecuados *en Francia*; los socialistas hablan de hombres viviendo como hermanos *en Francia*; y, algunos “gauchistas” [izquierdistas] buscan utilizar al lumpenproletariado inmigrante para hacer estallar la insurrección *en Francia* [...] A menos que aprendan [...] a ver a Francia y la influencia de los franceses a través de ojos africanos, la solidaridad que ofrecen será estéril. (Énfasis del texto original.) (CG&B: 327).

De lo anterior resulta totalmente evidente la necesidad de una organización y una acción internacionales e internacionalistas. Sin embargo, Castells cuestiona, si no es que rechaza, esta idea (ver CG&B:376-78). Este autor argumenta que: 1] la lucha de la clase obrera es una lucha por el poder del Estado; 2] las otras clases con las que debe relacionarse la clase obrera no son igualmente internacionalistas; 3] la “toma del poder” para lograr la “transformación de las relaciones sociales” requiere de alianzas y estrategias determinadas por la historia nacional; 4] que aunque, en términos de organización, los migrantes puedan formar parte del movimiento laboral en ambos países, en términos de clase, sólo constituyen una fracción de la clase obrera en el país receptor. De allí, concluye Castells que:

La confrontación de cada Estado exige una estrategia particular para desarrollar las alianzas y la lucha de clases a nivel político. Es obvio que existe una Sagrada Alianza del capital internacional. Pero la concepción de una lucha internacional no es más que eso, una mera concepción. No existe hoy en día un proletariado mundial unido, enfrentado a un solo

enemigo. La unidad del proletariado se construirá en la lucha, a través de una convergencia de intereses que se irá descubriendo en la práctica de esta lucha. Dado que existe un desarrollo desigual de la lucha de clases en cada Estado, es preciso que cada proletariado desarrolle su propia estrategia. Hablar de una clase obrera internacional «a nivel del Mercado Común» es una posición ideológica que expresa un deseo, sin dar elementos para que éste se cumpla, o una posición economicista que identifica el contexto de negociación con la Europa del gran capital. (CG&B: 377).

Algunas de las premisas de Castells son, a mi parecer, dudosas; sus conclusiones, por lo tanto, lo son aún más. Casi sería posible voltear la premisa que se refiere a los migrantes: los migrantes son, después de todo, una fracción del campesinado de su país de origen y miembros del movimiento laboral básicamente en el país receptor (el caso mencionado por Adams es excepcional; sólo una pequeña minoría de migrantes participaría en movimientos binacionales). Más aún, no estoy muy convencido de la concepción de una revolución socialista de dos etapas que presenta Castells: *primero*, el poder del Estado, *después* la transformación de las relaciones sociales.

Será necesario retomar esta discusión más adelante, cuando nos refiramos a las relaciones que existen en la esfera de la producción. Pero podemos señalar aquí brevemente la experiencia histórica que muestra que la lucha por el poder para lograr la transformación de las relaciones de producción conduce a la destrucción del Estado capitalista y de la clase capitalista —y su reemplazamiento por un poder burocrático nacionalista de la economía y el Estado.

El internacionalismo se vuelve, en consecuencia, una parte esencial de la lucha por superar el obstáculo de la nación-Estado en la transformación de las sociedades capitalistas. Reconocer que, en la actualidad, el internacionalismo está formado en partes iguales, por una ideología vacía y por demandas sindicales limitadas, únicamente nos pone frente a la necesidad de llenar esa ideología y de ampliar esas demandas. Rehusarse a reconocer la importancia del descubrimiento de Adams (y del mismo Castells) y a crear estructuras organizativas internacionales relevantes, equivale, en la práctica, a dejar esta tarea en manos de los ideólogos vacíos y de los sindicalistas limitados, para no mencionar siquiera los mecanismos del gran capital, de los Estados nacionalistas opresivos y su instrumento común, la *orr* [Organización Internacional del Trabajo].

Suficiente en cuanto a lo político y lo organizativo. ¿Qué sucede con el nivel social y cultural? La primera cita de Adams nos brinda gran cantidad de los elementos programáticos necesarios. Safa sugiere otros: la necesidad de transformar la comunidad residencial y las relaciones domésticas. Castells mismo descubre la indispensable lucha contra el racismo y, por inferencia, la necesidad de un crecimiento económico regional y nacio-



nal equilibrados. Sin embargo, este tipo de programa popular y democrático se verá despedazado y reducido a reformas parciales y progresivas que dejarán intactas las estructuras fundamentales de opresión y explotación, *a menos que* se hagan explícitas las implicaciones de la frase “perspectiva definitivamente no capitalista” de Adams.

El hecho de que las revoluciones burguesas y nacionalistas han sido incapaces de lograr la libertad, igualdad y fraternidad, se ha debido a que han estado basadas en presupuestos liberales (además de que, claro está, llegaron a estar dominadas por capitalistas y burócratas). En consecuencia, el programa de la clase obrera tendrá que ser explícitamente socialista. Pero también será necesario que este socialismo incluya todas las demandas populares si quiere captar las mentes de las masas. Finalmente, el socialismo tendrá que ser verificado mediante un comportamiento democrático e igualitario de los partidos y sindicatos socialistas, cuyos dirigentes deberán crear ahora una cultura popular con la cual combatir los valores antihumanos difundidos por los medios masivos de comunicación de las multinacionales y el Estado.

Toda revolución antiimperialista y anticapitalista se ha visto acompañada de olas de actividad cultural popular, de solidaridad con la liberación femenina, de solidaridad interétnica, interregional e internacional además del surgimiento de una ideología socialista que proporciona una explicación comprensiva de la naturaleza del mundo y de cómo puede ser transformado. Pero en este caso también es necesario preguntarnos si esta ideología movilizante y liberadora no se convertirá en una mitología inmovilizante y manipuladora a menos que experimentemos y demostremos sus efectos sobre las relaciones de producción *antes* de que se efectúe la “toma del poder”. ¿No es esto, incluso, un *medio* esencial en la preparación de las masas para esa toma?

Estas preguntas surgen de la problemática relación Estado-obrero que se dio tanto en la Argelia independiente como en la Unidad Popular chilena. En ambos casos surgió la concepción de un nuevo papel obrero en la producción cuando se estaban dando las luchas radical-democráticas; en ambos casos se encontró alguna forma estatal oficial; y, también en ambos casos, los resultados de esta solución parecen haber sido un tanto ambiguos. Como consecuencia, Zapata nos muestra a los mineros (tradicionalmente considerados como el eje militante del movimiento laboral chileno) reaccionando *en contra* de la participación obrera:

Estos obreros estaban interesados en resguardar la estructura sindical que concebían como medio principal de la defensa de sus intereses. El proceso de participación obrera directa en la administración de las empresas estatales [...] hizo que los mineros vieran amenazada la existencia misma del sindicato. (CG&B:479)

Desafortunadamente, la información que nos ofrece Zapata no es suficiente para saber con exactitud qué estaba sucediendo en este caso. No obstante, parece ser que los obreros que estaban profundamente socializados por los viejos partidos obreros en una práctica de sindicalismo industrial y de política parlamentaria (véase Petras, 1974) estaban reaccionando en contra de un proyecto que se orientaba básicamente a aumentar la producción de las minas recientemente nacionalizadas.

En Argelia (al igual que en algunas partes de Chile), la toma de fábricas y latifundios era una iniciativa obrera que se vio formalizada por el nuevo Estado, perdió su contenido y se utilizó en contra de los mismos obreros. Después de llegar a esta conclusión sobre la experiencia argelina, Clegg delinea algunas consecuencias generales:

Es en este momento que resulta necesario cuestionar la importancia de la *autogestión* como una forma de organización revolucionaria [...] Sin incluir los que fueron aplastados por la contrarrevolución, los Consejos obreros han tendido a experimentar el mismo proceso. Lanzados como forma básica de organización económica y política en ciertos momentos de la lucha de clases, han pasado a ser institucionalizados con rapidez a la vez que se les ha vaciado de todo contenido que no sea puramente ritual. Su destino ha sido excepcionalmente uniforme tanto en las sociedades formalmente socialistas como en las capitalistas. No han logrado crear ninguna forma de organización política o económica fuera del ámbito productivo y, con el tiempo, se ven limitados a esta esfera. (CG&B:246)

Así, tenemos un caso de participación introducida desde arriba y rechazada por los obreros y otro de autoadministración obrera, lanzada desde la base y capturada por el Estado. A primera vista, Clegg parece tener razón en sus conclusiones. No obstante su actitud pesimista (no ofrece una estrategia "correcta" como opción) plantea más preguntas de las que responde. ¿Por qué es tan *frecuente* que los obreros abandonen los "consejos obreros"? ¿No han sido también la institucionalización y la ritualización el destino de *otras formas* de organización económica y política de los obreros? ¿*Carece totalmente* de valor la autoadministración en el ámbito de la producción? ¿No tiene *ninguna* implicación en la elevación de la capacidad y la conciencia del obrero? Si la tiene, ¿goza de *mayor o menor* reconocimiento por parte del intelectual-marxista en comparación con la actividad sindical, parlamentaria o cooperativa? ¿Nos dicen algo los fracasos anteriores de los intentos por lograr una economía y una política controladas por los obreros acerca de la dificultad del proyecto?

Al plantear estas interrogantes, no quisiera dar la impresión de tener las respuestas a la mano. Pero, sí quisiera sugerir que el separar la lucha anti-imperialista o anticapitalista por el poder del Estado del poder en la esfera de la producción, y el presentar a este último como algo que no puede ser iniciado antes del "triumfo" del primero, equivale a aceptar la separación que hace el capitalismo de "lo político" y "lo económico". Si

el capitalismo es, en esencia, un sistema de control del trabajo, debemos, entonces, entender todas sus instancias en estos términos.

El poder del Estado capitalista comienza y termina con la empresa. El poder del Estado (entendido como un poder enajenado de las masas y utilizado en su contra) comienza y termina en la unidad de producción. Las mismas frases de “autoadministración”, “control obrero” (e, ¿incluso de “participación obrera”?) plantean el problema del control sobre la producción. En contraste, las demandas clásicas impuestas a los salarios, al empleo y a las condiciones de trabajo tienen que ver con un esfuerzo relativo en la producción o con una participación relativa del producto. (Esto está expresado en términos demasiado simplistas. Como en todas partes, aquí los opuestos se interpenetran: las demandas de mayor número de empleos y mejores condiciones de trabajo, reducen los privilegios de los capitalistas y los administradores; las demandas de control surgen de y se enfocan hacia lograr más fuentes de empleo y mejores salarios y condiciones de trabajo.)

Quisiera, además, mencionar las importantes repercusiones que tiene la autoadministración obrera sobre la alianza entre la clase obrera y el resto de la clase trabajadora. Las demandas que se expresan en términos de dinero o de ingresos, tienden a oponer una sección (o a una *fracción* de una sección) de la clase trabajadora contra la otra y también suelen resolverse en favor de aquella que goza de la mejor ubicación con respecto al mercado capitalista, el mejor nivel de organización de acuerdo a la política capitalista y la mejor posición social según la cultura capitalista.

La constante y reiterada inferioridad de la mujer, aun a pesar de todas las conquistas obreras, es resultado de este tipo de contradicción. Al exigir un control sobre sus propias capacidades de producción, los obreros (los mejor ubicados para hacerlo) demuestran a los demás —y aprenden ellos mismos— que existe necesariamente una relación alternativa: la producción social, socialmente controlada.

Las implicaciones que esto tiene para los ámbitos agrícola, comunitario y doméstico son obvios. Es más, considero que la estrategia de autoadministración nos proporciona el enlace entre la demanda por una democracia política (cuestión crecientemente captable por y significativa para las masas que se enfrentan a capitalistas *cada vez menos* democráticos) con el socialismo, algo que siempre les ha resultado desconocido, no experimentado y ajeno a ellos. Es más, cuando en el pasado las masas se “han vuelto socialistas”, su concepción de socialismo se ha referido siempre a una *condición* imaginaria, a una negación de su actual condición de oprimidos y explotados. Esto explica el por qué las masas (y sus dirigentes) a menudo atribuyen características socialistas a sociedades poscapitalistas, cuando es obvio que no las poseen. Si este tipo de utopías socialistas se convierten en infiernos burocráticos una vez dada la “toma del poder” para la transformación de las relaciones sociales, se debe, precisamente,

al hecho de haber conceptualizado al socialismo como un *estado* (en ambos sentidos de la palabra) en lugar de un *movimiento*. A mi parecer, esto señala la necesidad de politizar la lucha industrial (agrícola, comunitaria o doméstica), elevándola al nivel de una lucha por la autoadministración, y de “socializar” la lucha política, convirtiéndola en una lucha por una administración obrera, en lugar de una lucha por el poder partidario sobre el aparato estatal.

Estas ideas no se han trabajado lo suficiente, siquiera para convencerme a mí mismo. Son sencillamente algunas consideraciones preliminares lanzadas al vacío estratégico que han dejado un escepticismo y una precaución con los que estoy en gran parte de acuerdo. Una interpretación dialéctica de, por ejemplo, las implicaciones que tienen las experiencias chilena y yugoslava para las relaciones entre los obreros y el resto de la clase trabajadora pobre, tal vez nos permita comprender mejor el potencial de este tipo de estrategia. Creo que nos mostrarían el valor liberador que tiene la autoadministración obrera en tanto constituye un proyecto ejecutado por el movimiento obrero en una lucha contra el capital y el Estado. Lo anterior debe ser formulado con mucha claridad, ya que es posible encontrar intelectuales socialistas que ven la autoadministración obrera como *la* estrategia de transición hacia el socialismo en las sociedades del capitalismo central, en aquellas planificadas por éste y en las del capitalismo periférico, pero que se dirigen, por lo menos en el último tipo de sociedad, no sólo al movimiento obrero, sino, incluso, a los gobiernos “radicales”, a las administraciones “progresistas” y, en la práctica, ¡a los sindicatos aprobados por y partidarios de la administración y el Estado!

Este tipo de esquemas (como lo debería indicar su enfoque tripartidista a cualquiera que esté familiarizado con la visión del mundo que sostiene la ort) se convierten simplemente en otra “estrategia de desarrollo” en lugar de ser un movimiento de autoliberación. Y, es probable que sean vistos como tal por los obreros militantes quienes regresarán, entonces, a la política partidista y al sindicalismo economicista, limitados, pero conocidos.

##### 5. *Las implicaciones teóricas*

Ya he mencionado que, en términos generales, la obra de Bromley y Gerry está basada en un rechazo a los supuestos tradicionales que fundamentan las estrategias reformistas-idealistas de desarrollo del “sector informal” en la periferia capitalista. Hay algunos estudios que parten de estos viejos supuestos, aunque, en estos casos, suelen dejar implícitos sus supuestos teóricos izquierdistas. En el otro extremo, existe una serie de intentos por superar las teorías tradicionales que creo es posible dividir

en dos grupos. Uno representa una mera sofisticación de la vieja teoría; el otro constituye un intento de reemplazar ésta por una teoría marxista.

El primer tipo corresponde a la posición de los mismos editores, Bromley y Gerry. Éstos rechazan la oposición dicotómica de los sectores formales e informales y proponen, a cambio, un “continuo que abarque desde los «asalariados permanentes» hasta el «verdadero trabajador independiente»” (B&G:5). Tenemos, así, una tipología que inicia con 1] el trabajo asalariado verdadero, o por tiempo indefinido; pasa por 2] el trabajo asalariado eventual o temporal; 3] el trabajo asalariado disfrazado (*v.g.* vendedores a comisión, trabajadores externos); 4] el trabajo dependiente (que depende del crédito, la renta de local o equipo o de provisiones o ventas); hasta 5] el verdadero trabajo independiente. Esta tipología del trabajo (que podría ser aplicada, por analogía, a las empresas) permite, según los autores, analizar las relaciones que existen entre las pequeñas y grandes empresas, entre las empresas y los trabajadores y, de manera más general, entre el Estado y el proceso de trabajo. ¿Por qué el papel del Estado? Debido a la importante tarea que desempeña la *ley* en la diferenciación del trabajo asalariado (la primera y, hasta cierto punto, la segunda categoría) y el trabajo no asalariado (las demás categorías). Es la *legislación*, para ser más específicos, la que propiamente separa a la primera categoría del resto. Un contrato salarial “normal” contempla algunas o todas de las siguientes prestaciones:

salario mínimo, jornada de trabajo regular, el establecimiento del pago de horas extras, ‘requisitos mínimos para terminación de contrato’ tanto para el patrón como para el empleado, vacaciones y días feriados pagados, beneficios por incapacidad, compensaciones, seguro de vida e, incluso, acceso a tiendas subsidiadas, hipotecas y vivienda pública. (B&G:8)

La pérdida del empleo “*normalmente*” (énfasis del original) se compensa mediante:

diversas formas de previsión social (incapacidad, diferentes tipos de seguro, compensaciones, pensiones, seguros contra el desempleo, etcétera). (B&G:7)

El cambio que hacen Bromley y Gerry de una oposición dicotómica por un espectro de *status* laborales es, ciertamente, “más realista”. Su introducción sobre el papel que desempeña la ley en la estructuración del proceso laboral en su conjunto es una innovación importante. Lo que todavía puede cuestionarse es la manera en que se utilizan ambas innovaciones para separar —en oposición dicotómica— el “trabajo asalariado estable” de los otros tipos de trabajo. Es cierto que califican esta oposición cuando emplean el término “normal” para referirse a la seguridad de los “trabajadores asalariados estables”, pero luego utilizan esta condición implícita para contrastarlos con “el resto del continuo”. (B&G:5)

El argumento que conecta lo anterior con su conclusión sobre la aristocracia del trabajo calificado es el siguiente:

La tendencia del gobierno a responder ante la presión de los sindicatos, las asociaciones de servidores públicos, las fuerzas armadas, la policía y de otros grupos organizados de trabajadores que gozan de algún grado de seguridad laboral, y las presiones que ejercen los organismos internacionales sobre los gobiernos (especialmente la Oficina Internacional del Trabajo), tienden a aumentar las previsiones de la seguridad laboral reglamentada. En ocasiones, estas previsiones pueden hacerse extensivas a nuevos grupos sociales, pero la tendencia predominante es a que se concentren sobre una minoría de trabajadores y a que se vayan mejorando sólo para ésta. Esto lleva a que se incremente la diferenciación de esta minoría con respecto a los trabajadores eventuales. En muchos casos, los sindicatos industriales, las fuerzas armadas y otros grupos organizados que han obtenido un cierto grado de seguridad en el empleo, suelen comportarse como grupos con intereses creados, preocupados sólo por conservar y mejorar sus propios privilegios, en lugar de expresar solidaridad hacia el gran número de trabajadores menos privilegiados que laboran en una variedad de empleos temporales. (B&G:9)

Haré varios cuestionamientos a esta reconceptualización antes de pasar a analizar si los marxistas han encontrado un enfoque más apropiado. En primer lugar, aun cuando B&G aceptan la naturaleza conflictiva de la seguridad y los privilegios del trabajo asalariado por tiempo indefinido y reconocen la creciente inestabilidad del trabajo asalariado en el tercer mundo (B&G:15-19), utilizan, sin embargo, esto como *el* criterio en el cual basar una oposición. En segundo lugar, aun cuando reconocen la relación que existe entre la categoría 1 y la 2 (ambos, trabajos asalariados, y ambos, reconocidos por la ley), dejan de reconocer una relación incluso más importante: que ambos se desenvuelven en un trabajo colectivo y cooperativo. En tercer lugar, cuando discuten los mecanismos políticos mediante los cuales ciertos sectores de la fuerza de trabajo asalariada adquieren una relativa seguridad, B&G agrupan a los sindicatos junto con las asociaciones de servidores públicos e, incluso, ¡con el ejército y la policía! No hicieron más que una simple mención de este paralelo ya que, obviamente, no hubo una discusión acerca de las diferencias que existen entre los diversos tipos de trabajo asalariado por tiempo indefinido. De lo contrario, es posible que B&G habrían logrado continuar su espectro de seguridad laboral relativa hasta llegar a los administradores generales y los capitalistas. Seguramente habrían distinguido a los trabajadores ordinarios y a sus organizaciones de dos tipos de trabajadores asalariados cuya función (y no sólo en el tercer mundo) es precisamente la de reprimir a los trabajadores asalariados. ¿Es este el costo que debe pagarse por intentar hacer que una mala teoría sea "más realista", en lugar de reconstruirla como tal?

Alison Scott es quien hace el mayor esfuerzo de reconstrucción. Está interesada en superar la teoría convencional y, más aún, en desarrollar una conceptualización marxista sobre cierto tipo de relaciones de trabajo que sólo tenían una importancia colateral para los intelectuales clásicos del marxismo. Argumenta en pro de un enfoque de “relaciones sociales de producción”, basándose en que puede proporcionar categorías tanto teóricas como históricas.

Bajo el sistema de trabajo asalariado, los tres elementos esenciales de cualquier proceso laboral (el trabajo productivo, el objeto de trabajo y los instrumentos de trabajo) se compran en el mercado y están controlados por el capitalista. La diferencia entre el salario y el valor de la fuerza de trabajo es la plusvalía, la fuente de la ganancia del capitalista. La necesidad de incrementar esta plusvalía requiere, a su vez, aumentar la proletarización de la población, aumentar la compulsión de los obreros y/o aumentar la especialización y la mecanización del proceso de trabajo.

Puede concebirse el trabajo independiente caracterizado por la propiedad sobre los medios de producción por parte del productor directo, la baja división del trabajo y la poca especialización del proceso de producción. Existe como forma subordinada en todos los modos de producción de la historia. Las variaciones entre el trabajo independiente y el asalariado pueden ser considerados como “etapas en un proceso histórico, más que estados teóricos independientes” (B&G:111) y, por tanto, combinan las características de ambas formas extremas. En términos del proceso histórico, podemos reconocer: 1] la industria doméstica, en la que el proceso de producción se lleva a cabo dentro de la unidad doméstica campesina que produce materia prima; 2] la producción artesanal, en donde se produce para un cliente personal; los instrumentos pertenecen al productor y puede verse afectada la liga con la pequeña producción en el proceso de circulación cuando se compran las herramientas y la materia prima; y 3] el trabajo externo, en donde los comerciantes subordinan al pequeño productor por medio del control sobre insumos o productos y pagan al productor a destajo. Vemos los remanentes del trabajo independiente desplazados por el trabajo asalariado cuando se cambian las bases de la acumulación capitalista de la plusvalía *absoluta* (la extracción de un excedente gracias a un aumento en el esfuerzo del trabajo, sin un cambio de tecnología) a la plusvalía *relativa* (dada por la mecanización y un incremento en la productividad).

Si el control sobre los medios de *producción* constituye el elemento esencial de la definición de Scott, ¿cómo maneja ella, entonces, el problema de las masas que se dedican al pequeño comercio y a los servicios? Logra desarrollar su argumento ampliando el significado del término “medios de producción” para que incluya a los “medios que aseguren el sustento”; es decir, aquello que es “necesario para que se dé el proceso de producción”. (B&G:120). Luego sugiere que todos aquellos que participan en la esfera

de la pequeña producción de mercancías están sujetos a la subordinación por parte del capital en dos sentidos y de tres maneras. Los dos sentidos son: primero, que la fuerza dominante en la relación está conformada por los intereses del capital mercantil o industrial; segundo, que el lazo de dependencia está basado en el abastecimiento del capital necesario para la sobrevivencia del artesano y el trabajador externo o maquilador. Las tres formas son: la pérdida de acceso a los mercados, la pérdida de control sobre el proceso de trabajo y la extracción de plusvalía.

Aun cuando me parecen valiosos tanto la reconceptualización como la metodología subyacente que presenta Scott y creo que son de gran utilidad para especificar (como en efecto ella lo hace) las complejas formas de dependencia y subordinación que existen fuera del ámbito del trabajo asalariado capitalista, considero que sólo utiliza esto como una base explicativa a las posiciones individualistas de quienes se encuentran en posiciones de esta naturaleza. De hecho, sus conceptos y su metodología resultan ser insuficientes para analizar la ideología y la organización de la clase trabajadora. Tendremos que recurrir a Cohen, Gutkind y Brazier para posible información complementaria.

Al considerar las implicaciones teóricas de esta última obra, prefiero buscar específicamente aquellos elementos que aparecen como constantes en Scott, en lugar de analizar o criticar los diversos artículos de corte positivista, liberal, meramente radicales o de un marxismo implícito que en ella aparecen. Esta determinación se facilita por el hecho de que sólo algunos colaboradores marxistas han intentado de manera explícita hacer un ensayo teórico.

El tradicional supuesto (tanto de los marxistas como de quienes no lo son) de que la clase obrera es masculina queda seriamente desprestigiado por la simple constatación del papel específico que desempeña la mujer en la fuerza de trabajo asalariada. Pero el trabajo de Safa es fundamentalmente analítico y constituye principalmente un estudio sobre una manera en que la mujer se articula a la economía capitalista de la periferia. Deere está interesada en elaborar un "marco teórico para el análisis de la contribución de la mujer rural a la acumulación del capital" de corte marxista. Argumenta que:

la estructura familiar y la correspondiente división sexual del trabajo son la clave de la extracción de plusvalía a los modos de producción no capitalistas. De manera más específica, la división sexual del trabajo, que se caracteriza por la producción femenina del alimento de subsistencia y la semiproletarización masculina, permite al capital pagar al hombre un salario inferior a lo necesario para la manutención y la reproducción de la familia. La articulación de los modos de producción, basada en la división sexual del trabajo en la familia, permite, de esta manera, que el salario sea menor que el valor de la producción y la reproducción de la fuerza de trabajo. Esta desigualdad se refleja posteriormente en un bajo



valor de la fuerza de trabajo de la periferia que, o bien permite incrementar la acumulación de capital en la misma periferia, o bien, se transfiere al centro por medio del intercambio desigual, el imperialismo financiero, o de cualquier otra forma de expresión de plusvalía. (CG&B:133-4)

El estudio de Deere resulta útil para mostrar (en una forma parecida a la de Scott) la cadena que une el trabajo de la mujer rural a la acumulación de capital a nivel mundial. Las limitaciones que tiene, creo, se pueden resumir como sigue: 1] su tendencia a pasar fácilmente del reconocimiento de la existencia de este hecho como *una* forma, a considerarlo como *la* forma; 2] su conceptualización de la mujer rural como ente nocapitalista; 3] el hecho de que no señala las implicaciones que esto tiene para la conciencia, la organización y la acción de protesta. Permítanme comentar cada una de estas limitaciones, sin entrar en demasiado detalle. (Reconozco aquí estar en deuda con Verónica Bennholdt-Thomsen, 1978).

1] Toda buena teorización sobre el trabajo de la mujer en la periferia debe, necesariamente, considerar *todas* las formas que toma y, en especial, las modalidades más modernas y dinámicas. A pesar de que en estas últimas se mantienen las prácticas discriminatorias, también es cierto que, sin duda, proporcionan a las mujeres las mejores condiciones para una toma de conciencia, para que se organicen y para que desarrollen acciones de protesta efectiva.

2] Dado el grado en que el trabajo de la ama de casa ha sido *creado* por el capitalismo, el hecho de que siga reproduciendo ésta y otras formas de trabajo extra-salariales y la evidente necesidad que tiene de ellas, caracterizar estas modalidades como *no* capitalistas se presta a tantos errores como el uso del término *pre* capitalista, caracterización que la misma Deere rechaza. Me pregunto, no obstante, si no sería preferible ver a la "producción de subsistencia" (como algunos la definen y generalizan) como algo relacionado con la sociedad precapitalista, la capitalista y la poscapitalista. Después de todo, la meta de las sociedades revolucionarias no constituye la destrucción del trabajo para el consumo directo ni el reemplazo del trabajo artesanal por el trabajo asalariado, sino la eliminación de la relación de trabajo asalariado. Aun cuando las formas domésticas y artesanales se utilicen en la actualidad para la acumulación de capital, ambas mantienen las relaciones personales directas que buscan los socialistas universalizar. Como sugiere Safa, la relación familiar no tiene únicamente un carácter *negativo*.

3] ¿Qué implicaciones tiene el trabajo de ama de casa para la toma de conciencia, la organización y las acciones de protesta? Al igual que en el caso de los trabajadores de Scott, el ama de casa que se ubica dentro del sistema capitalista piensa básicamente que está produciendo *cosas* (en

su caso, *personas*), mientras que, en realidad, está produciendo una mercancía: fuerza de trabajo. ¿Qué significa esto? Que es necesario hacer que tome conciencia de la situación. Al igual que en el caso de los trabajadores de Bromley y Gerry, el hecho de significación política con respecto al trabajo de ama de casa es su falta de posición y reglamentación legal. ¿Qué implica esto? Que el reconocimiento legal haría visible lo que ahora no lo es; permitiría que esta forma de empleo se redefiniera a través de la lucha como trabajo doméstico (es decir, que concierne también al *amo* de la casa) y lograr, así, reemplazar a la unidad doméstica (como institución de control social individualizante y restrictivo) por un sistema de relaciones humanas más amplias.

Tanto Deere como Safa enfatizan la percepción que hace la mujer de los intereses que le son propios, pero tienden a ver esto en términos negativos, como elementos que oponen y separan a la mujer del hombre. Sin embargo, en la medida en que la mujer se percata básicamente de la opresión masculina y de la explotación y las privaciones de la familia y la comunidad, uno no puede hacer otra cosa que partir de estos elementos para llegar a un entendimiento general sobre la explotación y la opresión. En la medida en que la mujer se da cuenta básicamente de la opresión y la explotación que existe fuera del ámbito del trabajo asalariado, su lucha ayudará al hombre a superar una conciencia de fábrica o salarial, para lograr una conciencia de la naturaleza global de la explotación capitalista que sólo podrá ser eliminada mediante una lucha contra todas sus manifestaciones. Espero que estas cuantas reflexiones ya hayan sugerido al lector la importancia de teorizar sobre el trabajo femenino con el objeto de lograr la liberación conjunta del hombre y la mujer.

Ya se ha señalado que Post trata, por lo menos de manera implícita, si no es que explícita, sobre los pobres de la ciudad, además de los obreros y campesinos y que, precisamente, busca la teoría necesaria para entender sus alianzas políticas en situaciones revolucionarias. También se ha mencionado que el análisis de Post se centra en el campesinado más que en el obrero, y que no trata directamente sobre la ideología, la organización ni la conducción, los elementos que pueden y deben transformar una *situación* común y un *interés* común en una *alianza*. Sin embargo, creo que existen limitaciones aun más serias, limitaciones que Post comparte con lo que constituye una tendencia establecida en los estudios sobre el trabajo en la periferia (compárese con Davis, 1979; Cooper, 1979) y que, por tanto, merece nuestra atención.

Esta limitación se hace aparente primero en el uso que hace Post del concepto "articulación", con el que se pretende ayudarnos a entender la alianza. Para ser más específicos, este término se utiliza para designar 1] las relaciones que se dan entre los modos de producción en la periferia; 2] las relaciones que se dan entre la "infraestructura" y la "superes-

estructura” (las comillas distanciadoras son suyas); y 3] la alianza de clase que se da en función de estos dos tipos de relaciones.

El hecho de que su forma de emplear el término no nos ayude a entender estas relaciones, sospecho, se debe a que combina dos significados distintos pero comunes de la palabra (“unir” y “expresar”) a las que añade varias connotaciones conflictivas de su propia cosecha (ver CG&B:268). De hecho, el significado del concepto parece cambiar cada vez que lo atribuye a una de las tres relaciones. En pocas palabras, “articulación” parece ser una especie de concepto arcón en el que cabe todo el conjunto de leyes necesarias a una perspectiva marxista del universo. Post incluso llega a derivar “contradicción” de “articulación” cuando ciertamente el primero responde a un nivel conceptual superior en la perspectiva dialéctica. Al igual que un arcón, este concepto puede cargar mucho equipaje, pero no deja de constituir un sustituto poco manejable de un juego de herramientas.

Siento que Post necesita este concepto porque concibe al mundo formado básicamente por *estructuras* (modos de producción, clases, partidos, Estados, ideologías) y se le presenta, entonces, un problema conceptual de fondo cuanto intenta lograr que éstas se relacionen entre sí, se muevan, se transformen o sean transformadas. Su supuesto (básico para una interpretación estructuralista de Marx) hace del modo de producción *la* determinante de la alianza obrero-campesina. Y, dado que Post se ve obligado a oponer “infraestructura” y “superestructura” (con o sin las comillas), su modo de producción se reduce a *la economía* y su determinismo se vuelve, en consecuencia, económico.

Post, claro está, se da cuenta de este peligro e intenta superarlo; esto explica que se aleje de la oposición infraestructura-superestructura que aparece en el marxismo popular. Por consiguiente, presenta al segundo, no como un simple efecto del primero, sino, también, actuando sobre él. Como resultado, tenemos el término “articulación” con sus múltiples significados y ambigüedades.

Desde mi punto de vista, no hay nada malo en aceptar la existencia de estructuras capitalistas independientes ni en analizar sus leyes operativas. El error está en 1] considerar estas estructuras específicas del capitalismo (es decir, del modo de producción) como si pudiesen existir en forma análoga en formaciones precapitalistas. (Véase Gould, 1979); 2] considerar a las estructuras de la sociedad capitalista (que es *el* gran diferenciador, en términos históricos, de las instituciones “económicas”, “políticas”, “domésticas”, etcétera) como si fuesen los modos fundamentales de existencia de la materia; es decir, como categorías ontológicas en lugar de sociológicas (véase, Laclau, 1977).

Es posible que lo anterior no haya quedado claro y mi argumento no puede extenderse aquí, más que por analogía. Un jugador de billar puede —y, en cierta medida, debe— pensar con categorías aristotélicas: la bola

roja no es la bola blanca. Puede —y, en cierto sentido, debe— funcionar de acuerdo a las leyes de la física de Newton: El rojo pega al blanco (el hecho de que el blanco *vuelve* a pegarle al rojo no lo convierte de newtoniano en marxista). Pero, para la ciencia ni esta lógica ni estas leyes limitadas del ser son suficientes. Se requiere otra media docena o más de ciencias para analizar cabalmente las propiedades, cualidades o relaciones de la bola de billar. Y se requiere una lógica dialéctica para entender este fenómeno de múltiples propiedades. Sirva esto como crítica negativa.

A mi parecer, el artículo de Castells, que no se refiere en forma directa a la periferia, es el que ofrece un entendimiento más provechoso de la metodología y el procedimiento analítico del marxismo. Castells se desplaza desde un análisis económico hacia uno político y de clases, para llegar a una posición explícita sobre la política a seguir. Creo que esta estrategia es la correcta por dos razones: En primer lugar, uno se desplaza desde el área más *determinada* de la existencia del trabajador (la producción capitalista) hacia la más *determinante* (la del movimiento obrero). En segundo lugar, uno demuestra la liga que existe entre el análisis teórico y la prescripción política y que es indispensable para el análisis social marxista.

Castells no concibe la separación entre el modo de producción y la política-ideología. Incorpora a esta última a su análisis sobre el primero:

*La utilidad que representa el trabajo inmigrante al capital deriva principalmente del hecho de que éste puede actuar hacia aquél como si no existiese el movimiento obrero y logra, en esta forma, atrasar varias décadas la lucha de clases. Un capital tipo siglo veintiuno junto a un proletariado tipo siglo diecinueve es el sueño del capital monopólico con el objeto de superar su crisis. ¿Cómo sucede esto? No se debe a una supuesta actitud sumisa por parte de los inmigrantes cuyas numerosas luchas en años recientes han mostrado un nivel de combatividad, aun cuando haya sido esporádica y limitada. Es, más bien, su posición legal y política como extranjeros, aunada a su aislamiento político e ideológico, lo que conduce al elemento fundamental: su limitada capacidad de organización y lucha y su gran vulnerabilidad frente a la represión. (El énfasis aparece en el original). (CG&B:363)*

En otras palabras, el modo de producción incluye-supone-requiere ciertas características político-ideológicas en la conformación de su fuerza de trabajo. Y, cuando la fuerza de trabajo tradicional (en este caso, el europeo) se convierte en una *clase obrera* y esta clase obrera desarrolla un *movimiento obrero* capaz de restringir el libre juego del capital, el capital moderno necesita buscar una fuerza de trabajo que pueda tratar como asalariados individuales (los migrantes).

Lo que hace Castells en su análisis sobre el modo de producción es *centrarse* en el *aspecto* económico, pero sin olvidar los políticos o los ideológicos. Su análisis trata por separado a las leyes generales del modo de

producción capitalista, las leyes que conciernen a su desarrollo histórico y las leyes que se refieren a sus ciclos de negocios.

Hasta aquí la estrategia de Castells supera a la de Scott únicamente en la medida en que ha hecho explícito lo que ésta dejaba implícito: la necesidad que tiene el capital de una fuerza de trabajo con características ideológicas y políticas específicas. Sin embargo, un análisis sobre el modo de producción como el que efectúa Scott, se centra en las relaciones de producción y, en consecuencia, hace abstracción de las relaciones más generales de tipo social. En consecuencia, Castells llega en un cierto momento a los "límites" de un análisis puramente económico, basado en la lógica del capital" y enfrenta un análisis de "la relación de los inmigrantes con las clases sociales existentes" (CG&B:368). En otras palabras, llega a un análisis de clase.

Elaborar un análisis de clase implica la necesidad de concentrarse en la relación que existe entre la posición de clase y la conciencia de clase. Ligado íntimamente, por un lado, con el análisis de las relaciones de producción, se liga también en forma estrecha a las relaciones políticas e ideológicas, por el otro. Esto está implícito en Castells, quien distingue las fracciones de la burguesía francesa en función de sus necesidades de migrantes, vistos estos últimos como una fracción específica de la clase obrera en Francia. La especificidad de los migrantes se da precisamente en base a la discriminación ideológica y política a la que están sujetos; esto provoca que tengan intereses inmediatos distintos y que perciban a sus propios intereses en forma diferente a la del resto de la clase obrera.

Elaborar un análisis político lleva implícito la necesidad de centrarse en las luchas de las clases por el control de la sociedad. Esto requiere analizar las organizaciones y la acción desde una perspectiva de modo de producción y de análisis de clase. Castells no explica que aquí se está desplazando de uno al otro, pero, de hecho, toma una orientación crecientemente política al tratar primero las luchas inmediatas de clase y finalizar con las "luchas políticas entre clases" por el poder del Estado. Podría también señalarse que no separa "ideología" o "práctica cognitiva" para efectuar su análisis, aun cuando, de hecho, se refiere a ellos en cada una de las tres o cuatro partes que comprenden su artículo.

Resulta sencillo imaginarse otra estrategia en la que se tratara por separado las esferas económicas, políticas, ideológicas y doméstico-familiares. Sin embargo, persistiría siempre el peligro de rigidizar estas prácticas mediante estructuras e instituciones y, en consecuencia, dejar de entender las relaciones capital-trabajo que se dan a nivel empresarial, por ejemplo, como simultáneamente económicas, políticas, ideológicas, doméstico-familiares, etcétera.

*Conclusiones*

Para terminar este trabajo, es preciso ir más allá de una *crítica* a los enfoques estructuralistas sobre la alianza obrero-campesina e, incluso, más allá de *sugerir* un enfoque más dialéctico mediante el estudio de las relaciones internas de la clase obrera en una sociedad capitalista industrializada. Pero hacer esto también implicaría ir más allá de los límites de las dos obras que aquí se analizan, ya que, como se dijo en la Introducción, ninguna de las dos aborda directamente las alianzas que me interesa estudiar y, por lo tanto, ninguna de las dos podría haber presentado las categorías o la estrategia de investigación necesarias.

Quisiera referirme al artículo de Jeremy Gould (1979) en mi intento por superar el material presentado. Éste, en parte, busca superar los enfoques estructuralistas en el análisis del “desarrollo”. Gould afirma que la nueva problemática se refiere:

no a la “articulación entre modos de producción”, sino a un análisis cuidadoso de las formas concretas del modo de producción capitalista [...] y de su economicismo específico (la lógica del valor) en el proceso de asimilación de las formaciones sociales no capitalistas a esta lógica.

Gould considera que gran parte del análisis revolucionario sobre el tercer mundo se ha visto atado a la lógica del desarrollo capitalista europeo y, por consiguiente, a *sus* categorías y alternativas radicales. Sostiene que esto no sólo ha provocado que los analistas limiten el potencial revolucionario a, cuando mucho, de 3 a 20 por ciento de la población (la burguesía nacional o la clase obrera) sino que

ha excluido de la esfera de una discusión seria a gran número de caminos ideológicos y teóricos importantes. Con esto me refiero a los intentos *por aproximarse a y conceptualizar a la ciudadanía no urbana, no proletarizada o cuasiproletarizada en base a sus propios términos, descontentos y objetivos, con el fin de encauzar las formas autóctonas de conciencia, protesta y cooperación hacia una lucha anticapitalista.* (El énfasis es mío. P. W.)

Gould también afirma que la lucha de la clase obrera en contra de los capitalistas es “el principal sitio de lucha anticapitalista abierta y organizada” pero considera que no constituye el único frente de lucha y que esta contradicción no necesariamente domina, o siquiera se manifiesta, en cada situación. Es preciso ir más allá para

buscar los aspectos de la estructura social ‘no capitalizada’ que pueden desempeñar un papel positivo en desviar el ataque del capitalismo.

Creo que Gould se equivoca al creer que *podemos* conceptualizar a las categorías no obreras de trabajadores en *sus propios términos*, ya que no son, siquiera en potencia, capaces de concebir la naturaleza de la lógica del valor, mucho menos de concebir la necesaria alternativa al capitalismo y de luchar efectivamente por ésta. (Si, como todos sabemos, no es sencillo que los trabajadores que se encuentran ubicados dentro de la producción social que se efectúa para un beneficio particular o privado, entiendan la naturaleza de la explotación y la opresión a la que están sujetos, ¿qué posibilidades existen para que aquellos que están fuera de esta producción lo comprendan?)

Por esta misma razón, Gould también se equivoca al no partir *desde* “el sitio principal de la lucha anticapitalista abierta y organizada”. Sólo es posible entender las categorías no obreras de la clase trabajadora a partir de la relación que se da con su “incorporación” [a la clase]. Gould mismo los define en forma *negativa* o *relativa* como “no urbanos”, “no proletarios” y “cuasi proletarios”.

Creo, sin embargo, que se encuentra justificada su insistencia en entender a quienes se encuentran fuera de la relación capital-obrero a partir de sus propios descontentos y objetivos, y en reconocer su capacidad de *resistir* ante el capitalismo e intentar encauzarlos hacia una lucha anticapitalista.

En cuanto al error “populista, romántico, aventurero y voluntarista” contra el que se defiende sin reales resultados, considero que esta es una saludable reacción en contra de un modelo eurocéntrico (o, ¿ruso-céntrico?) de transición del capitalismo periférico en el que la actitud hacia el campesinado se determinó en base a percibir una necesidad de industrialización y de construcción del Estado a toda velocidad y a cualquier precio.

La consiguiente transformación del campesinado, de los pequeños productores urbanos y de la mujer hacia un proletariado industrial y administrativo, trajo consigo una actitud manipuladora y negativa hacia sus propias formas de descontento, de conciencia, de protesta, y hacia sus objetivos. Pero, los dirigentes de este proyecto también reprimieron al proletariado en su intento por “alcanzar y superar” al capitalismo.

El problema, entonces, es crear una alianza conducida por el obrero que no sólo libere al campesinado de la idiocia de la vida pueblerina, a la mujer del tedio doméstico y al pequeño productor del individualismo pequeño burgués, sino que, simultáneamente, esta alianza deberá liberar al obrero de una visión del mundo dominada por la fábrica y elevar a la clase obrera a una perspectiva hegemónica con la cual logre incorporar a sus propias demandas, las necesidades de toda la humanidad trabajadora, explotada y oprimida.

## BIBLIOGRAFÍA

Bromley, Ray y Gerry, Chris. *El trabajo eventual y la pobreza en las ciudades del Tercer Mundo*. Chichester, Wiley, 1979.

### *Contenido*

#### Introducción

Ray Bromley y Chris Gerry, ¿Quiénes son los trabajadores eventuales?

Primera parte: *Desarrollo, Subdesarrollo y Empleo Urbano*

Manfred Bienefeld: El empleo urbano: Una visión histórica.

T. G. McGee: El síndrome de la pobreza. Cómo sobrevivir en una ciudad del sudeste asiático.

Lúcio Kowaric: Capitalismo y marginación urbana en Brasil.

Rod Davies: ¿Un sector informal o un modo de producción subordinado?: Un modelo.

Alison MacEwen Scott: ¿Quiénes son los trabajadores independientes?

Segunda Parte: *La pobreza en el empleo: Los trabajadores eventuales y el proceso de trabajo*

Madhu Sarin: La planificación urbana, el pequeño comercio y los asentamientos marginados en Chandigarh, India.

Chris Birkbeck: Basura, industria y "buitres" en Cali, Colombia.

Juan Rusque-Alcaino y Ray Bromley: El comprador de botellas: Una autobiografía ocupacional.

Kenneth King: La pequeña producción en Nairobi: el contexto social de la capacitación y la diferenciación ocupacional.

Chris Gerry: La manufactura y la reparación a pequeña Escala en Dakar: Una aproximación a las relaciones de mercado al interior de la economía urbana.

Sonia Ruiz-Pérez: La ocupación de Mendigo en San Cristóbal de las Casas, México.

Alan Stretton: La inestabilidad laboral de los trabajadores de la industria de la construcción en Manila.



Nici Nelson: *Cómo sobreviven las mujeres y los hombres: la división sexual del trabajo en el sector informal de un asentamiento marginado en Nairobi.*

*Conclusión*

Chris Gerry y Ray Bromley: "Y ahora, ¿hacia dónde nos dirigimos?"

Cohen, R.; P. Gutkind y P. Brazier (eds.). *Campesinos y Proletarios: La lucha de los obreros en el Tercer Mundo*. Londres: Hutchinson, 1979

*Contenido*

Introducción

Primera Parte: *Inicios de la resistencia*

Alan Angell: Los orígenes del movimiento laboral chileno.

Jean Chesneaux: El movimiento treinta de mayo en Shanghai.

M. R. Clark: Los antecedentes históricos y los inicios del movimiento laboral en México previos a la Revolución de 1910.

A. G. Hopkins: La huelga de 1897 en Lagos: Una aproximación a la historia laboral de Nigeria.

Charles van Onselen: Conciencia obrera de los mineros negros: la región sur de Rodesia, 1900-1920.

Segunda Parte: *Los labradores de la tierra*

Carmen Diana Deere: La producción de subsistencia de la mujer rural en la periferia capitalista.

Josh DeWind: De campesino a minero: Antecedentes de las huelgas mineras en el Perú.

Sidney W. Mintz: El proletariado rural y la conciencia de clase.

K. W. J. Post: La política de protesta en Jamaica, 1938: Problemas de análisis y conceptualización.

Tercera Parte: *Estrategias de acción de la clase obrera*

Ian Clegg: Obreros y administradores en Argelia.

Robert N. Kearney: El impacto político de las huelgas y disturbios en Ceilán.

K. W. J. Post: *La Alianza de obreros y campesinos: Problemas de articulación de clases en Argelia y China.*

E. A. Ramaswamy: *Política y trabajo organizado en la India.*

*Cuarta Parte: Los trabajadores migrantes y el capitalismo avanzado*

Adrian Adams: *Los prisioneros del exilio: el caso de los obreros de Senegal en Francia.*

Mario Carrera: *La pobreza colonial y las teorías sobre la desigualdad: el uso de mano de obra internacional en la cosecha.*

Manuel Castells: *El trabajador inmigrante y la lucha de clases en el capitalismo avanzado: el caso de Europa Occidental.*

Josh DeWind, Tom Seidl y Janet Shenk: *El uso de trabajo por contrato en la agricultura estadounidense: los antillanos en el corte de caña de Florida.*

*Quinta Parte:*

Institute for Industrial Education (Instituto de Capacitación Industrial): *Las huelgas de Durban, África del Sur, 1973.*

Adrian Peace: *Protesta industrial en Nigeria.*

Helen Icken Safa: *La conciencia de clase en la mujer de clase obrera latinoamericana: Estudio de caso en Puerto Rico.*

Francisco S. Zapata: *Acción sindical y conducta política del minero chileno en Chuquicamata.*